



FEBRERO DE 1907.

REVISTA MODERNA DE MEXICO

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

RICARDO BAROJA



Ricardo Baroja. Dibujo de José G. Solana.

Yo no podría decir si Baroja es un pintor ó un grabador, un poeta ó un filósofo; quizá es todo eso á la vez. En otro tiempo, en ese tiempo del

entusiasmo ferviente que pasó hace ya muchos años, hubiera sido fervoroso soldado, monje ardiente, pintor devoto, imaginero, poeta místico.... acaso inquisidor. Siempre una alta figura. Hoy, pinta, graba y piensa sin esfuerzo ninguno; con la misma sencillez con que se verifican las cosas simples y trascendentales de la naturaleza.

Este hombre tiene un gesto amplio de fuerte obrero y una sonrisa entre desdeñosa y jovial de profundo conocedor de la vida. Hace su labor sin preocupaciones por el día de mañana y acaso en esta confianza en sí mismo y en lo que está por venir, estriba toda la gran fuerza de su obra. Y al mirar cómo pasan hombres y paisajes ante sus ojos, en el croquis rápido ó en el trazo nervioso de la punta sobre el cobre, va dejando su visión, que más tarde, cuando los años pasen, será duradera sobre la muerte y sobre el tiempo. Esta convicción de la perdurabilidad de la obra de

Baroja es nacida del estudio de las condiciones hondamente españolas que sus aguas fuertes tienen, pues como ley general puede establecerse que todas las obras que llevan impresa el alma de una raza, vivirán largamente. Pío Baroja, el poderoso novelista, me hacía notar esto á propósito de los escritores rusos, "cuyas novelas, á fuerza de ser rusas, llegan á ser universales. Son como árboles muy altos que se ven desde muy lejos," decía el novelista con su agrio gesto sentimental.

El olvido de esas condiciones de raza, ha traído en España, desde la muerte de Goya, una decadencia dolorosa, y el renacimiento que ahora anuncia grandes frutos es debido á que la mayor parte de los pintores jóvenes vuelven la vista hacia atrás para mirar el alma gloriosa, áspera, de su raza, en el Greco, en Velázquez, en el maravilloso Zurbarán, en los retratistas del XVI y el XVII y más tarde en Goya. Y esto es lo que Baroja ha hecho: integrar ahí su alma fuerte para dar una obra llena de un poderoso latido español que es á la vez un poderoso latido humano. Es-

tas siluetas de mendigos y *golfos*; esos amplios paisajes madrileños, donde pasan unas cuantas figuras miserables; estas otras visiones de pueblos desolados; esas caras madrileñas de grandes ojos y de trazos fuertes, son, á no dudarlo, la impresión más justa y más honda de la España pintoresca de hoy.

La comprensión admirable de las cosas de su tierra es lo que hace á Baroja semejante á los antiguos pintores españoles y hermano menor de Goya como acuafortista. Esto, que como un arma explotan sus enemigos, es para él un timbre de gloria, pues sabe que de la misma raza y haciendo las mismas cosas, es absolutamente necesario mirar fervorosamente á los grandes artistas muertos.

Esta gran lección se desprende de toda la obra de Baroja, y es la honda enseñanza que los pintores jóvenes sacamos de ella.

Que estas líneas sean el comentario devoto á la obra de uno de los grandes artistas de España.

ANGEL ZÁRRAGA.

Toledo, á 25 de Noviembre.—1906.





DE MARGARITA

Un rizo tengo aquí de tu cabello:
Rizo que con malicia y travesura,
A la trenza que enroscas á tu cuello
Robé como reliquia de hermosura.

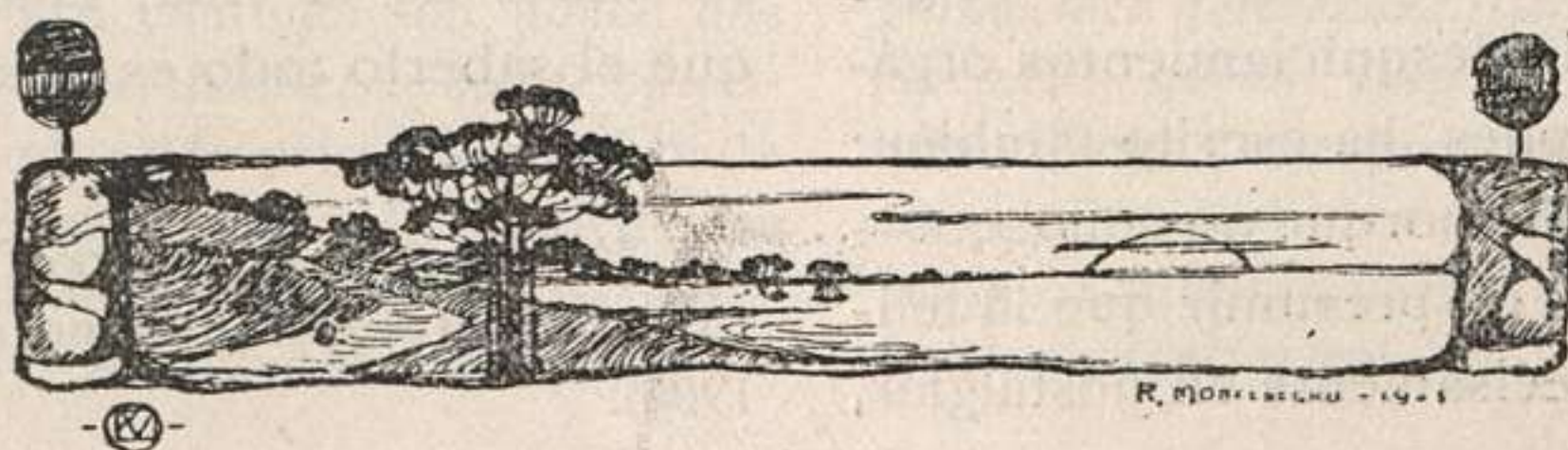
Para adquirir, ¡oh Diosa! tal tesoro,
Rotschild y Vanderbilt son muy pequeños;
Con este breve pedacito de oro
Voy á comprar el mundo de los sueños.

Aquí está. . . . ! Si me acerco, si respiro,
En el blanco papel bulle travieso;
Por eso, triste, sin hablar, lo miro,
Y con los ojos nada más lo beso!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Duque Job).

1883.





REVISTA BIBLIOGRÁFICA

(CONCLUSIÓN)

Almas que pasan.—ULTIMAS PROSAS DE A. NERVO.—Madrid, 1906.

Lo cierto es, volviendo á lo mío, que acaso todos los paraísos perdidos (*lost paradises*, para tomarle frases á Milton) son paraísos recuperados (*regained paradises*), desde el momento en que quien los ha perdido se da cuenta de su pérdida. Goethe ha dejado escrita una verdad profunda, producto sin duda de un meditativo y triste raciocinio largo tiempo proseguido. «Es triste condición la del hombre —escribía el autor de *Werther*,— que sólo ha de ser feliz antes de tener uso de razón y después de perderla.» —Leopardi, el doliente y amargado Leopardi, el más sincero pesimista, y al que sólo le faltó un aromático pomo de sales cristianas para que la cabeza no se le fuese á veces, como se le iba; el pobre Leopardi, del cual se han hecho apreciaciones tan opuestas como las de Sergi y Gladstone, considerándolo, ya como lo que es, como uno de los mayores genios líricos que la Humanidad ha tenido, ya como un vulgar enfermo atacado de desquiciamientos orgánicos; Leopardi, pues, ha escrito también: «El niño sólo es feliz porque no conoce.»— Ahora bien: ¿no es de presumir que la felicidad consista precisamente en nostalgiar,

á cierta distancia mental, el infantilismo y la locura, como anheladas metas de la dicha humana?

Y henos aquí de tope en otra cuestión, no menos peliaguda que la de la inconsciencia, y que sólo desflorar levemente intentaré, reservándome para ocasiones más oportunas. Cuestión que un culto contemporáneo nuestro, el sabio crítico Rafael Altamira, plantea en esta forma: «Una de las muchas formas con que perdura, ó renace, hoy día, el romanticismo, es el desprecio de la ciencia y del arte, ó por mejor decir, el desengaño que se supone consiguiente á un empacho de arte y de ciencia.»* Vieja es esta afectación ó sinceridad de desencanto, expresado en la forma más poética, concisa, sentenciosa y atormentante por el *Ecclesiastes* (I, 18) en estas palabras: *Qui augit scientiam, augit et dolorem*. Mas este doloroso pesimismo, sólo á ciertos temperamentos y á ciertos estados de espíritu puede convenir. En las ocasiones más sinceras y solemnes de la vida, cuando se reconoce que el saberlo todo es una gran cosa, y que

* *Psicología y literatura*, pág. 82. (Biblioteca de escritores contemporáneos: Barcelona, 1905).

la ciencia reconforta y vigoriza el espíritu, se repetiría gustosamente la proposición de Schopenhauer: «Se ha afirmado con bastante frecuencia, y no sin visos de verdad, que el hombre más limitado de espíritu, es en el fondo el más feliz; de todos modos, nadie le envidiará esta felicidad.»*

En orden á la inconsciencia —y volviendo á lo de antes,— lo exacto es que lo subconsciente se hará consciente con el tiempo. Es decir, acaso está cercano el día en que todo se determine. Pues así como hoy lo que distingue á los artistas de los hombres vulgares, es que aquéllos saben determinar, definir, concretar ciertas sensaciones que los últimos experimentan sin apenas percibirse ó apercibiéndose, y no sabiendo descifrar su significado y marcar su filiación, ¿quién nos dice que no ha de llegar un día en que ya no habrá impresiones imprecisas para los mismos artistas, porque éstos las habrán catalogado y rotulado todas? Entonces no existirá más esa categoría de sensaciones que yo llamo *hiperestéticas*, que actualmente existe, y que los estéticos no se han ocupado de caracterizar y de estudiar.

* «... *Ist doch sogar oft genug, und nicht ohne Schein, behauptet worden, der geistig beschränkteste Mensch sei im Grunde der glücklichste; wenn gleich keiner ihm un dieses Glück beneiden mag.*» (*Parerga und Paralipomena: Kleine philosophische Schriften von Arthur Schopenhauer*. Séptima edición, publicada por Julio Franenstädt; Leipzig, 1891: primer volumen; *Aphorismos sobre la sabiduría en la vida*, cap. II, página 362).—Y á este propósito he de notar una cosa. ¿De dónde se sacó que las conclusiones de la filosofía de Schopenhauer llevaban directamente al mismo término que el pesimismo eclesiástico (esto es, del *Ecclesiastes*) en cuanto á la ciencia? Aparte del párrafo citado en el texto, encontramos que el siguiente revela su indecisión cuando escribe: «No quiero anticipar al lector la solución definitiva de esta controversia.» (*In der definitiven Entscheidung der Sache will ich um so weniger dem Leser vorgreifen*). Y á continuación aduce dos sentencias de Sófocles *diametralmente opuestas*. «El saberlo todo es la primera parte de la felicidad.» (*Antígona*, 1,328). «Nada alegre es la vida de los pensadores.» Y otras dos, divergentes también del Antiguo testamento: una,

—Porque hay las sensaciones *patéticas*, las que el vulgo entiende; las sensaciones *estéticas*, propias de los artistas, y las *hiperestéticas*, las cuales aun sólo confusamente advertimos sin precisarlas. . . . Mas vendrá un día en que nos demos el gustazo (á veces para ser fuerte y gráfico hay que hablar como el vulgo) de descomponerlo todo para recomponerlo. Porque acaso tenía razón Walter Scott, y, aunque inconscientemente (¡siempre la inconsciencia!), presagiaba esto, cuando escribía su dístico melancólico:

*Wee meet as shadows in the land of dreams;
we speak not but in signs. . . .*

Sí; acaso no somos más que sombras en un país de sueños; acaso no hablamos aún más que por signos. Acaso aún no nos conocemos, porque estamos en los preludios de la inteligencia, y nuestro lenguaje es todavía rudimentario; acaso no esté lejano el día en que habremos de entendernos con perfección. . . .—Y si mis anticipaciones no tienen razón de ser, y si mis hipótesis son absurdas, y si mis expectativas inconscientes, y si mis esperanzas no han de realizarse, al menos yo habré cumplido con el pri-

la ya citada del *Ecclesiastes*, y otra, la de Jesús. *La vida del necio es peor que la muerte*. Con todo esto parece como si quisiese justificar su propia vacilación; mas no es lícito suponer que un filósofo como Schopenhauer, adversario tenaz y agresivo del *filisteo*, del hombre que no tiene necesidades espirituales [*Keine geistige Bedürfnisse hat*], como le llama con desprecio; el constante propugnador de la doctrina de que el hombre más feliz es el más rico intelectualmente (*welchen die Natur in intellektueller hinsicht sehr reich ausgestattet hat*), pudiese declararse á favor del *Ecclesiastes* y de San Pablo (que escribía: *Sciencia inflat; Ad Corinthios*, I, 8, y: *Ne decipiamur per inanem philosophiam, Ad Colossenses*, II) y no llamase más bien, con Bacon, *zelotypia theologorum* al espíritu que inspiró esos dos textos, y con el autor del *Novum Organum* declarase: «*Statui primo loco deliberare litteras opprobriis et vilipendiis quibus impetit ignorantia.*» («En primer lugar, me propuse libertar á las ciencias de los oprobios y vilipendios de que las cubre la ignorancia»). (*De dignitate et augmentis scientiarum*, lib. I).

mer deber de todo artista, y más del artista de la nueva generación: ser inquieto. Porque en ser inquieto (pienso yo, y pienso que acaso no piense mal) se manifiesta quién siente y quién no siente el arte;— y no en llevar longa y tupida melena, rapada faz, flexible sombrero, corbata garrafal y gruesa pipa germánica. . . .*

*
* *

Amado Nervo es, sobre todo, un gran poeta de nuestra época. Nuestras inquietudes, nuestras zozobras, él, conjuntamente con Rubén Darío, las ha exprimido en delicados y acariciadores poemas. Quizá es aún más metafísico que el poeta de *Azul*; aún abstrae más y gusta de los particularismos psicológicos. En estas sus *Últimas prosas*, como sobriamente las intitula, la misma afición, nunca extinta, á los requintados análisis, se advierte en el genial poeta de *El éxodo y las flores del camino*. Aparte del original trabajo ya citado sobre *El miedo á la muerte*, que desenvuelve las peripecias interiores de un alma ávida y á la vez medrosa del gran misterio, encontramos en este volumen cuentos tan sentimentales y conmovedores como *Lía y Raquel*, que narra bajo forma nueva, y dándole un giro de dolor aún más punzante la vieja y sabida historia de las dos hermanas, una guapa y otra fea, la una mimada por todos, y la otra de todos desdeñada. «Eran dos hermanas —nos dice el poeta,— las dos hermanas de todos los cuentos, y como las dos hermanas de todos los cuentos, una rubia, morena la otra; sólo que aquí la rubia era hermosa, y

* Por vía de distracción, voy á dar mi juicio sobre la melena y demás pequeñeces de poca monta. Pienso que, de no regularizarse y legislarse un uniforme especial para el artista, debe suprimirse toda exhibición presuntuosa. Además, ¿quién sabe si el arte no debiera esconderse como una llaga? De todos modos, concuerdo con el viejo Séneca, que, hablando de los escépticos y de los cínicos, escribía: *Intus omnia dissimilia sint; frons nostra populo conveniat*.

la morena fea y contrahecha. La rubia era la guapa de la familia, aquella para la cual se compran las telas y las joyas, la que el papá y la mamá invitan con insistencia al teatro y á visitas, en tanto que dicen á la otra: *Tú no has de querer ir, ¿verdad?; debes estar cansada. . . .* La morena era una verdadera *Cenicienta*, la Cenicienta sin encanto de esta historia sin interés; una Cenicienta cuyo pie no iría nunca á buscar el príncipe maravilloso para calzar el chapín de cristal hallado en el camino. . . .» Hay en este bello estudio de almas imágenes consecutivas y entrelazadas de tan grata manera como las siguientes; imágenes plasmantes, de esas que quedan grabadas por su fuerza; imágenes de reciente cuño, de esas que son el asombro de la imaginación y que no necesitan del auxilio del gastado como para impresionar violentamente; imágenes que se reducen á la enumeración de bellezas del mundo exterior; imágenes como las que voy á transcribir: «Era tímida, como lo son generalmente las mujeres contrahechas, y sus ojos parecían pedir á todo el mundo perdón: perdón de atreverse á brillar; perdón del desacato de ver, como los otros (los ojos que son bellos y amados), el júbilo color de rosa de las mañanas, el oro en sazón de los mediodías y la austera opulencia de las tardes; la fiesta de las hojas y de las flores en la landa, y la mejestad del cetro en la montaña; el raso trémulo de los lagos y el azul pensativo de los cielos. . . .»*

El autor, encariñado, sin duda, con su figurilla de niña neutra, desdeñada y de alma grande, se complace en revestirla de belleza artística, ya que la belleza natural no se concede sino por el Creador. «Lía había aprendido desde temprano que era preciso vestir su fealdad, vestirla de algo para que fuese menos ingrata ante los ojos de los hombres, y la había vestido de inteligencia, de bondad y de amor. Su alma era una piedra preciosa, cuyo mayor mérito consistía en un instinto incalculable de sacrificio. Era Lía uno de esos seres llenos de

* *Almas que pasan*, 6.

misericordia y de abnegación, que siempre ceden su parte en la vida y tornan, si es posible, más desnudos que los otros á la eternidad. . . . Siempre llegaba tarde para recibir el bien, semejante al poeta de la fábula, que se presentó después que todos [ante Jove, cuando ya estaba hecha la total repartición de las heredades del universo mundo.] El poeta ha querido apurar el análisis sutil y el cuidado [lenguaje.] La imagen artística se entrelaza aquí con el pensamiento noble, y el fino desentrañamiento de las sensibilidades más propicia á la complicación, únese con el encanto de las vidas muertas, anodinas. Bien se advierte que el autor se ha prendado del asunto. Y no sería indiscreción suponer, que el estudio del alma de Carlos frente á la pobrecita Lia, era un auto-análisis, visto que el mismo Nervo, hablando en primera persona, nos hace en otro pasaje de este libro la siguiente confesión: «. . . Y es que mis grandes cariños jamás han podido tener otra forma que la de la piedad. Para que yo ame á alguien mucho, fuerza es que le compadezca mucho. Las vidas llenas de sol y de alegría, me inspiran el furtivo y curioso interés que experimento por un pajarillo locuelo. Los miro, oigo su cascabeleo y paso. . . . Preciso es que detrás de una vida adivine yo el calvario de una tristeza, de un abandono, de una angustia, para que vaya hacia ella lleno de un lirismo insensato. La felicidad del sér á quien amo, traza un límite á mi amor. Yo me voy cuando el sol viene. . . . Quién sabe si esto no es más que un supremo orgullo: el orgullo de dar siempre y de no recibir jamás, el orgullo de ser luz. . . . ó quién sabe si, por el contrario, es una suprema bondad en mi espíritu el amar de tal suerte.»* Después de esta hermosa y valiosa confesión, en la que he advertido coincidencias de pensamiento y hasta [de expresión, con unas notas de mi diario íntimo —de ese diario íntimo que todo gran artista debe cultivar y labrar, bien á través de sus diversos libros, bien en el recogimiento y el secreto

de un inventario de memorias, — ¿no se podría aventurar, que la historia de los amores de Carlos y Lia, es una historia perfectamente auto-biográfica?

Mas, en rigor, esto no atañe al crítico, poco debe importarle. Lo interesante para él es el arte de la exposición, sea auto-biográfica, sea objetiva. Y en este primer cuento hay tal arte, que supera á los demás del libro. He aquí conjuntamente el estado de alma de Carlos y de Lia: «. . . Un día aquella alma desnuda de todo, hasta de deseos, sintió que llamaban paso y con insistencia á su puerta, y pávida se estremeció; el que llamaba así era el amor. Entre el enjambre de muchachos que cortejaban á su hermana; bella como un éxtasis, y á quienes Raquel correspondía con un amable y coqueto desdén «colectivo,» uno, Carlos, guiado quizá por secreto instinto, había ido poco á poco alejándose de la hermosa, para acercarse directamente á Lia, á la pobrecita Lia, tan callada, tan fea, tan pálida y tan triste, adivinando quizá la santa piedra preciosa de su espíritu. Era Carlos un muchacho silencioso también y pensativo; probablemente un ideólogo, un poeta, un sentimental, que empezaba por confundir el amor con la misericordia.»* ¿Habéis reparado cómo en expresivo lenguaje, de palabras tan resaltantes, que son por sí ya imágenes, nos da la impresión de esta vida obscura y muerta de mujer, y de este extraño espíritu de varón?. . . . Estudiad estas páginas, que tienen un tan amargo y desgarrador terminar. Carlos se enamora de Raquel, al sentir que ésta le quiere, á causa de su mismo desprecio, y, como es natural —así hablan la lógica y el sentido común, y la honestidad y todo; pero no el corazón, el gran insubordinado,— la pobre niña se quedó otra vez desamparada y sin amores.

Otros bellos cuentos hay en el libro último de este inquietante Nervo, que tan bello florecer de rosas de frases nos brinda en continuidad de cosecha y con regularidad de año pródigo. Poco ha aparecían *Los jar-*

* *Los dos claveles*, páginas 49 y 50.

* *Ibidem*, 8 y 9.

dines interiores, incomparable colección de poemas; hoy aparecen *Almas que pasan*, el segundo libro de prosa de Amado Nervo.*

Hay relatos tan sugestivos é impresionantes como *La última guerra*, en el tono de las anticipaciones de Wells y Bellanuy, género no cultivado por los autores españoles hasta ahora, como no sea por Nilo Fabra, el culto autor de los *Cuentos del siglo futuro*, y padre del delicado poeta de *Interior*, de quien pienso ocuparme en números siguientes de esta misma *Revista*. Es un trabajo positivamente original y que acusa un poder de creación estupendo. El poder de evocación y de regresión —si puede hablarse así tratando de una cosa que se supone no pasada y contingente en lo futuro— es tal, que el lector llega á hacerse la ilusión de que está viviendo aquellos episodios del porvenir. El autor, con una clarividencia hugoniana, presagia la venida de un mundo diferente; no se para á juzgar si superior ó inferior, y en esto se distingue de los doctrinarios, que todo lo supeditan al triunfo de sus teorías más ó menos nefastas. Nervo, con la imparcialidad absoluta que distingue al artista, traza el cuadro de la sociedad futura, y va señalando sucesivamente las distintas dominaciones á que la Humanidad habrá de someterse. «Estaba escrito así. . . . Los autóctonos de Europa desaparecieron ante el vigor latino; desapareció el vigor latino ante el vigor sajón, que se enseñoreó del mundo. . . . y el vigor sajón desapareció ante la invasión eslava; ésta ante la invasión amarilla, que á su vez fué arrollada por la invasión negra, y así de raza en raza, de hegemonía en hegemonía, de preeminencia en preeminencia, de dominación en dominación, el hombre llegó perfecto y augusto á los límites de la Historia. . . .»**

* El primero es el titulado *Otras vidas*, colección de tres novelas cortas. No cuento entre los libros de prosa *El éxodo y las flores del camino*, que es, sin embargo, mixto de prosa y verso. En el estudio próximo y más dilatado que pienso hacer de Nervo, hablaré de todo esto.

** *La última guerra*, páginas 42 y 43.

Mas el autor nota todo esto sin exaltarse y sin deplorar, como hacen los hombres de teorías; con la serenidad neutra, pero no estéril, de la misma Naturaleza, de quien el artista es una fiel imagen, y cuyas mismas imágenes de continuo copia. Con gran generalidad de visión, Nervo anticipa el momento en que *los primeros animales humanizados* nos sustituyen en el cetro de la creación. La Naturaleza, según él, no sería más que *un impassible teatro*, para emplear la frase de Vigny, que no pueden remover los pies de los actores; ahora les tocaba su turno en el escenario de los tiempos á los animales que habían progresado en la escala ascendente; luego debían ocupar nuestro puesto: la Naturaleza no se cuida de sostener sobre sí una raza canina ó una raza humana predominante: *cela n'este son fait*, podríamos decir con expresivo modismo galo. Así lo nota Nervo con piadosa, con atarácica* serenidad de artista: «Vengan, pues, enhorabuena; á nosotros, *llegados á la divina serenidad de los espíritus completos y definitivos*, no nos queda más que morir dulcemente. Humanos son ellos y piadosos serán para matarnos. Después, á su vez, perfeccionados y serenos, morirán para dejar su puesto á nuevas razas que hoy fermentan en el seno oscuro aun de la animalidad inferior, en el misterio de un génesis activo é impenetrable . . . Todo ello hasta que la vieja llama del sol se extinga suavemente, hasta que su enorme globo, ya oscuro, girando alrededor de una estrella de la constelación

* No se extrañe esta manera de adjetivar. «La piedad —ha dicho Goethe— no es un ideal, sino un medio adecuado para llegar á una cultura más perfecta, por una paz superior más pura.» Ante el espectáculo de una virtud de impassibilidad y de firmeza perenne, que por nada se inmuta ni se agita, tomada de la Naturaleza, nuestro evocador Martínez Ruiz exclamaba: «Esta es la bella ataraxia de los helenos. . . » Este el sentimiento que debe caracterizar á todo gran artista: Schiller y Goethe fueron ejemplo de ello; por eso Juan Pablo vedaba á los jóvenes el ejercicio de ciertas artes que exigen *ataraxia*. . . . Nótense las palabras subrayadas en el texto.

de Hércules, sea fecundado por vez primera en el espacio, y de su seno inmenso surjan nuevas humanidades . . . para que todo se recomience! . . . »

Otras bellas historias componen: ya sean de intención sentimental, como la de *Los dos claveles*, subtitulada con buen acierto historia vulgar, pues esto han llegado á ser, y no otra cosa, las novelillas de últimos del siglo pasado, que nos revelaron la alta belleza escondida en la vulgaridad muchas veces; ya de alcance científico, como *Dos rivales*, donde se fabula la supuesta contienda del cañón y del telescopio, de la penetración pacífica del mundo, que dirían nuestros vecinos los franceses, por medio de los progresos científicos ó de la irrupción atílica de la fuerza bruta de las armas, como la que rría un Bismark; de extrañas tendencias teosófico-budhistas; como *Las Casas*, donde se refiere cómo el célebre tribuno Solís, al pronunciar un panegírico, en ocasión del cuarto centenario de la llegada á América del P. Las Casas, el «Apóstol de las Indias,» creyó sentir que anteriormente había visto *

* Sobre la sensación de lo *ya visto*, se han hecho estudios psico-fisiológicos muy notables. Recuerdo de uno, publicado en el *Mercur de France* (no puedo precisar la fecha porque no lo tengo ahora á mano), en que se autorizaba el autor con estas estrofas de Verlaine, que expresan bien á maravilla la potencia de la men-

todo lo que iba describiendo «con una precisión tal cual si lo recordase,» y al volver á su mesa de trabajo, cree oír una voz, «quizá más bien una sensación vigorosa, algo íntimo, claro, insinuante, invencible,» que le dice: ¡Tú fuiste el P. Las Casas! *; otros de tan divertida amenidad y francamente risueños como *Una humillación*, ó abiertamente grotescos, á la manera de algunos de Edgar Poe, como *El demonio del Canadá*, y, finalmente, es digno de notarse el final, titulado: *Un cuento*, que es una especie de recitado ingenioso, donde se usa de un procedimiento eliminativo semejante al de Lope de Vega en su célebre soneto á Violante; llegando á elaborarse un cuento con una materia tan sutil y un tejido tan rompible como es el de enumerar varios argumentos, de los cuales ninguno satisface.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

te humana, que cree haber vivido vidas pasadas y desearía vivir otras futuras:

*Dans une rue, au cœur d'une ville de rêve,
ce sera comme quand on a déjà veçu
un instant à la fois tres vague et tres aigu...*

* Recuérdese que Amado Nervo ha sentido siempre inclinación hacia las doctrinas y experimentos ocultistas, aficiones que comparte con otros varios artistas de nuestra época, de los llamados decadentes, entre los cuales bastaría citar á Huysmanns y á Jules Bois.



J. B. 15.01



DOS 90



J. RVELAS
-1906-

A. Jesús E. Valenzuela.

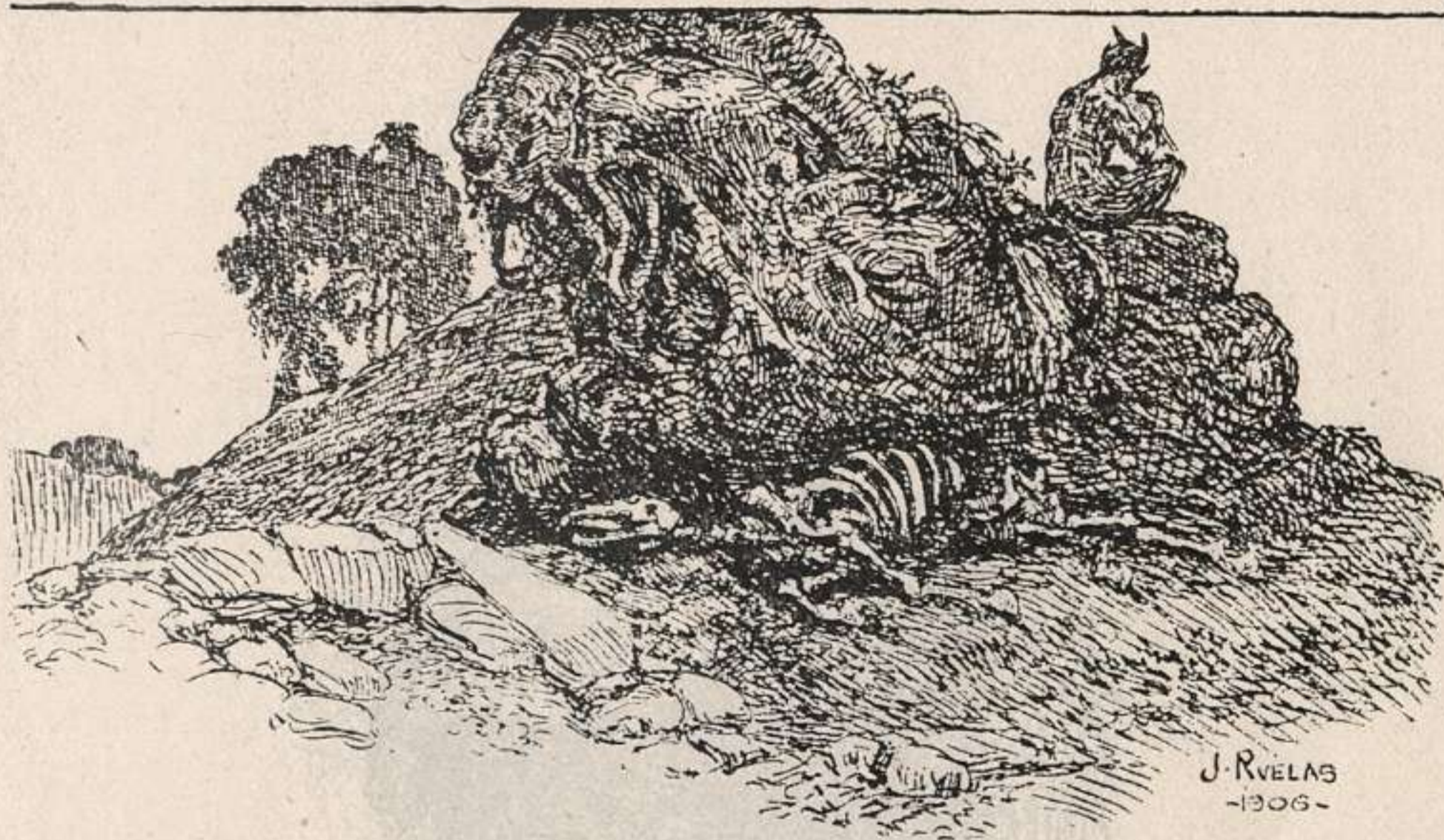
IMPAVIDUM FERIENT RUINÆ

Tu corazón es vaso de tristeza
Que fué colmando pródiga la vida;
Para nuevo dolor ya no hay cabida
Y ya la urna á desbordarse empieza.

Mas bajo la altivez y la fiereza
Tu historia de pesar vive escondida;
¡También el cóndor con el alma herida
Al cielo yergue la viril cabeza!



NETOS



A. Jesús E. Valenzuela.

A UN ARBOL

Columpia el rumoroso airón de tu follaje,
Canta al pasar el céfiro, ruge si el noto cierra,
Afíanzate en el firme regazo de la tierra,
Sé á los aludes reto y al pájaro hospedaje.

Dale color y pompas al tétrico paisaje,
Pasa el contorno vago de la esfumada sierra,
Y que la débil planta que á tu vigor se aferra,
Te enfiore y te revista con opulento traje.

En medio al oleaje de tu duelo,
Jamás rogaste al implacable cielo
Que separara el cáliz de tu boca.

Nunca la roca de la mar se cura,
Y te alzas en el mar de tu amargura
Impasible y audaz como la roca.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

De «Lirismos,» próximo á publicarse. 1906.



Yérguete como el símbolo glorioso de la vida
Y surjan de tu fronda selvática y tupida,
En aves y renuevos, matices y murmullos;

Suba tu joven savia vivificando el brote,
Y sigue dando apoyo, cuando la racha azote,
A hiedras vacilantes y á débiles capullos.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

De «Lirismos,» próximo á publicarse.—1906.





EL CUENTO DE NUNCA ACABAR

I

—¿Que yo he de contar un cuento?... ¡Un cuento! Vamos —éramos en un ángulo del salón dos parejas jóvenes de doble sexo. ¡Jesús! de distinto, digo, — ¿existen los cuentos?

—Mira tú, exclamó Pedro, así se llama mi compañero; los cuentos pueden ser sucedidos ó por suceder. ¿Me entiendes?... Queremos un cuento que se nos realice, un cuento que....

—Sí, sí, repetían Luisa y Lola, un cuento que....

—No, repliqué, ustedes quieren una profecía en cuento, digamos; y yo soy mal profeta y peor narrador. Sin embargo, pronostico á estas niñas que serán unas....

—Reinas, interrumpió Pedro.

—No, unas.... Las niñas curiosas é impacientes acercaban á mis labios sus cabecitas rafaescas. Unas.... unas.... madres de familia.

Con rápido movimiento Luisa y Lola irguiéronse y se alejaron brevemente de mí; Pedro se adelantó preguntando:

—¿Y yo? ¿Y tú?

—Unos.... unos.... unos.... Las niñas se aproximaban con la misma lentitud musical con que yo seguía repitiendo unos.... unos.... Sus cabecitas rafaescas volvían acercándose á mis labios. Unos.... unos.... padres de familia.

Y aquellas criaturas no se alejaron más; sus ojos nadaron en reflejos azules de acero bajo parpadeos fugitivos, sus labios se doblaron en duplo arco de sangre, y sus dienteillos blancos de leche chocaron imperceptiblemente. Y así, de golpe, como quien quiere acariciar, como quien quiere pegar... recibimos Pedro y yo en las nuestras el contacto de dos manos; no, de manos no, de pétalos que empuja y junta un viento sin rumor en un surco; mientras nuestros viejos padres se enredaban acalorados en una controversia política, y las gordas mamás se olvidaban de nosotros, aventuradas en reminiscencias ya muy lejanas del baile sin precedente que le ofreció á su Alteza Serenísima Don Manuel Escandón....

Un doble beso mudo, largo y húmedo,

nos apagó el hálito, en un desvanecimiento de aromas de carne de veinte años, sana y fresca, buena y casta. Había comenzado el cuento.

II

¡Vaya! hombre, cuenta un cuento que... exclamó Pedro, interrumpiéndose luego, después de añoranzado silencio, una noche en que visitábamos á él y Lola, Luisa y yo, y que habíamos agotado la conversación sobre nuestros hijos ya crecidos. Su mujer y la mía, él y yo, sentimos, con la frase, como si se nos hubiera vuelto la cara para la espalda, y nos quedamos viendo dantescamente hacia el pasado. Mas dueño de mí mismo:

—Pero eso no sería un pronóstico, dije.

—No importa, replicó Pedro.

Nuestras consortes, silenciosas, nos miraban angustiosamente; parecía que iban á sollozar. Nosotros las contemplamos asombrados. De pronto Pedro se echó á reír.

—Ya sé... ya sé, decía rompiendo el hilo de la risa, ¿te acuerdas? Yo besé á la tuya, tú besaste á la mía, aquella noche... hace treinta años. Nunca me había acordado. Y después nos casamos, tú con la mía, yo con la tuya... ¿y cómo fué eso?

—No sé, ¿y tú?

—Hombre, yo tampoco; había olvidado también eso... ese... eso... ese detalle. Pero ve, Pedro, cómo ellas no lo han olvidado.

—Nunca, dijo Luisa. Juntas, á solas, nos hemos reído de ello; pero delante de ustedes, el recuerdo evocado así... casi nos ha hecho llorar.

—¿Por qué? ¿Tan mal te he tratado?

—Eso, eso, agregó Pedro. ¿Tan mal te ha ido conmigo, mujer?

Y las pobres viejas, interrumpiéndose, repetían ruborizadas.

—No, no, no es por eso...

—Pero y los muchachos? exclamó Lola de repente. Los cuatro nos quedamos fríos. Los muchachos—mis dos hijos y las dos hijas de Pedro—no estaban en el salón. ¡Oh! los veinte años!

—Se han ido al jardín, sin duda. Vamos al jardín...

—Vamos...

—Vamos...

—Vamos...

La luna caía, como lluvia de plata en polvo, sobre las hojas inmóviles; el canto del grillo vibraba melancólicamente en el aire tibio, ascendía de la tierra un olor acre y dulce á la vez, y hacia el ángulo más apartado del jardín se oía... ¡oh, pobres viejos nosotros! bien conocimos lo que se oía... el rozar de una ala que se despliega en la fronda bajo un rayo de luna...

—¡Muchachas! ¡Muchachos! gritaban las mamás apresuradas en el sendero.

Los papás, serios y callados, nos detuvimos automáticamente. El cuento había comenzado de nuevo.

JESÚS E. VALENZUELA.





Roma antigua.



JESÚS E. VALENZUELA.

LOS LIBROS DEL AÑO

(Del Almanaque de "El Mundo Ilustrado")

"Lira Libre."—JESÚS E. VALENZUELA.—Este libro es íntimo, es triste. Como los viajeros que no quieren llegar, mira para atrás á cada instante. Piensa mucho en el camino recorrido. Es como un cementerio de recuerdos: cada memoria tiene su nicho; cada nicho su lápida.

¿Es un libro crepuscular? Sí; el sol cayó, pero todavía está encendido el horizonte. Y en el cielo melancólico y azul, se presiente la eclosión de una noche en plenitud de estrellas.

Es este un poeta sincero, á veces hondo; frecuentemente pensador, casi siempre original. En dondequiera que pone la mano, deja la marca de su yo. Lo que más resalta en él es la personalidad; de modo que tiene la primera condición del artista. De imaginación turbulenta en la juventud, se ha aquietado en la edad madura; y la corriente, antes turbia y atronadora de sus versos, es ahora fontana de aguas transparentes, en la que puede verse hasta el fondo de una alma.

¡Y qué alma! Pocos artistas la han tenido tan pura, y pocos han conservado en ella como se conservan en ésta, intactos, los generosos sueños de la adolescencia.

Es posible que Valenzuela no haya logrado el absoluto dominio de la forma. A sus ideas, generalmente bellas, suele faltarles el gallardo atavío. Las

telas de que van vestidas son ricas; las gemas son luminosas; pero los brocados no caen siempre con majestad estatuaría, y los diamantes pierden, á veces, un poco de su esplendor, por los malos engarces. En ocasiones no están bien cortados estos briales de reina. Pero á Valenzuela puede aplicársele el festivo soneto de Tomé de Burguillos: *Más eres sol que sastré*

Sí; es más poeta que versificador, mucho más, y respetando los fueros del arte, que es para él una religión—la única religión que no muere,—deja que su fantasía vuéle con la túnica libre y vaporosa de la Victoria de Samotracia. No es un orfebre minucioso, pero es, en cambio, un desenfadado y elocuente rimador.

Yo quisiera explayarme aquí. El creador de *Almas y Cármenes* y de *Lira libre*, es excepcionalmente distinto de los demás; es *sui generis*. Dejo, contra mi voluntad, este tema fecundo. Otra vez ataré el hilo de estas impresiones.

Valenzuela canta lo que siente; lo que cayó bajo el dominio de sus sentidos. Es él en las estrofas desmañadas y pesantes, como en los versos sobriamente hermosos y espléndidamente alados.

Fué rico de oro. Sigue siendo rico de bondad y de amor al arte.

LUIS G. URBINA.



Diploma de socio correspondiente del Ateneo de Santiago de Chile, otorgado á nuestro Director.



NUESTROS POETAS

JESUS E. VALENZUELA

(DE «MÉXICO MODERNO.»)

Se me pide que escriba para esta Revista un perfil del poeta Don Jesús E. Valenzuela, y con placer correspondo á tal solicitud, por más que sé que no caben en un esbozo á vuela pluma los múltiples interesantes rasgos intelectuales y morales de esta personalidad.

Confieso que por lo general me interesan poco las biografías pseudo-psicológicas de escritores, las anécdotas y leyendas que alrededor de cada vida ilustre forman amigos y enemigos, los "documentos íntimos" que es hoy moda ó manía publicar, con ó sin derecho. Sólo la sinceridad (tan rara ó difícil) puede dar valor á las auto-biografías; y tanto éstas como las biografías por mano ajena escritas, sólo deben interesar cuando la vida en ellas narrada contiene algún alto ejemplo ó está en armonía con la obra del biografiado.

Uno de los pocos casos, dentro de mi limitada experiencia, en que he co-

nocido una personalidad y una vida interesantes al par de la obra literaria, es el de Don Jesús E. Valenzuela. Son éste y Díaz Mirón los dos únicos poetas mexicanos que tienen actualmente "leyenda" y aquellos cuyas existencias, dejando á un lado la parte anecdótica más ó menos pintoresca, ofrecerían á un crítico psicólogo más fructífera materia de estudio.

Pero no son éstos lugar ni momento en que pudiera yo pretender ahondar en la psicología del autor de "Almas y Cármenes" y de "Lira Libre." México, todo el México que se llama intelectual, conoce su existencia y algo de su obra. Acaso otro día cuente algo de esa existencia en algún periódico extranjero, por más que ya me ha precedido en esa labor el panameño Darío Herrera: el hábil y firme, aunque somero esbozo que de Valenzuela trazó este espíritu fino y culto, habrá de dar la vuelta á la prensa literaria de "nuestra América," que tan-

to ha elogiado la obra del poeta mexicano.

Dije antes que México conoce algo de esa obra, porque en realidad no la conoce toda ni bien. Para los más, Valenzuela es el personaje de leyenda, el infatigable director de la "Revista Moderna," el apasionado de toda manifestación, á sus ojos valiosa, de arte ó de personalidad; saben qué es poeta, pero no á punto fijo qué ha hecho ni qué ha dicho en poesía. Y acaso se asombrarían si oyesen decir que ha dado notas muy personales de sentimiento elegíaco en "In Memoriam," y de humorismo discreto, poético, en "Añoranza;" que ha tenido acentos de energía resonante en "Anúbadas" y concepciones de filosofía serena, humana, un tanto sajona en su grave reposo y en su revelación de amor á la desnuda verdad de la naturaleza, en "El Angelus" y "Barbara Labor."

Anotaré que la serenidad filosófica de estas dos composiciones contras-

tan con la duda sombría que llena el "Poema Roto;" es este un problema que acaso se resuelva con cifras de fechas. Pero los aspectos contradictorios de una obra poética que resuma toda una vida, no pueden estimarse como defectos, y para el crítico psicólogo suelen ser la clave de un temperamento y de su evolución.

En Valenzuela se encuentran otros contrastes: entre sus descripciones á la manera clásica ("Himnos Salvajes," "Al autor de *Los murmurios de la selva*") y sus fantasías modernistas ("Deseos"); entre sus rimas de corte romántico y sus versos de forma novísima. Pero en sus diversos aspectos, el poeta es siempre uno; viril, sincero, todo intenciones y sentimiento, lleno de fe en la Vida, sereno en su pensar, si á ratos inquieto ante las amenazas de lo imprevisto, agudo en la observación, acaso poco práctico ó "insouciant" al ejecutar:

Como el hombre.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.



J. RVELAS · 1901 ·



ORACION PASTORAL

Pastad, oh mis ovejas, y cuando el sol decline,
 «bajo el haya de Títiro,» aunque la yerba espine,
 habremos calma deleitosa;
 que cuando se despierte la blonda madrugada,
 dejarán vuestras ubres el ánfora colmada
 de nívea leche y espumosa.

¡Oh Madre, buena Madre que das frutos y mieles!
 ¡Madre que beneficias terruños y verjeles,
 sacra Deméter, dame trigo,
 y llevaré á tus templos, al expirar el año,
 vellones impolutos que tengo en mi rebaño
 para que sírvante de abrigo!

Mi labio en la zampoña suspira dulcemente,
 y así corre la vida, libérrima y riënte,
 entre la eglógica verdura;
 y con las emociones que anima la Belleza,
 aspiro los aromas de la Naturaleza,
 envuelto en ondas de frescura.

¿Cómo explicar las cosas que Céfiro platica,
ni cómo los murmullos del agua que salpica,
ni los rumores del follaje?

No hay voces, no hay arpegios, murmullos ni rumores
con que imitar los cantos que gustan los pastores
cabe las frondas del bosque.

Cuán grata, cuán alegre se torna la existencia
si en ella Pan derrama la miel de su clemencia:
amo la vida por la vida.

Que respeten las Parcas las flores de mi tronco,
hasta que ya las hojas de mi ramaje bronco
sientan la savia empobrecida.

¡Fecunda Madre Tierra! Cuando ese trance llegue,
que sea tempestuosa la racha que me siegue;
no haya ocasión á tristes quejas.
Haz que sobre mi tumba den oro las espigas
y plata los riachuelos. . . . ! Que allí, tras las fatigas,
trisquen y abreven mis ovejas!

ALFONSO REYES.

México, á 28 de Noviembre de 1906.





LAS PROFECÍAS DEL GENIO

Apenas registra el mundo de la ciencia un adelanto portentoso que no haya sido previsto ó imaginado con mucha anticipación en la fantasía de un poeta ó de un pensador notable. La imaginación brillante y cultivada de los que viven soñando ideales, ó admirando en la Naturaleza un caos de visiones sublimes, realiza el milagro de esos augurios maravillosos, como presentimiento de algo que ha de ser realidad algún día, con el auxilio de la ciencia.

Fénélon presintió el invento de la fotografía en pleno siglo XVII, cuando en uno de sus libros apuntó los párrafos que traduzco á continuación:

«No hay ningún pintor en el país, pero cuando se quiere tener el retrato de un amigo, de un bello paisaje, ó de un cuadro que represente cualquier objeto, se echa agua en un gran depósito, cuyo fondo sea de oro ó plata bruñida y se coloca frente al líquido el objeto que se va á retratar. En seguida se hiela el agua y queda allí permanente la imagen reflejada en el espejo.»

El procedimiento de la moderna fotografía es algo muy distinto de lo que imaginara Fénélon, pero revela ciertas analo-

gías en cuanto al principio en que se funda, que es el de fijar una imagen óptica.

Pero ya se le acerca más un escritor francés del siglo XVIII, M. Tiphaigne de la Roche, que publicó en un libro estas frases:

«Según me dice el jefe de los Genios elementales, los rayos de luz reflejados por diferentes cuerpos dibujan un cuadro sobre las superficies pulimentadas; los espíritus elementales han tratado de dar fijeza á estas pasajeras imágenes y compusieron una materia muy sutil, muy pegajosa que se seca con prontitud, volviéndose dura ó sólida al poco rato, por medio de la cual el cuadro está hecho en un abrir y cerrar de ojos. Untan una tela y la presentan como un espejo ante los objetos que quieren pintar; y lo que el espejo no puede hacer, lo hace la tela con su unto pegajoso, que es conservar la traza ó impresión de los objetos. Se retira la tela, se la pone en un cuarto oscuro, y una hora después, la pasta queda seca y se tiene un cuadro inimitable é inalterable, porque se han tomado sus colores en el manantial ú origen más puro en el cuerpo mismo de la luz.»

Esto, como se ve, parece la descripción de un invento muy semejante al de la fo-

tografía en colores, que todavía no es realidad de una manera satisfactoria.

Nuestro gran Lope de Vega presintió el telégrafo eléctrico en las líneas siguientes:

Con la rapidez del rayo
las noticias han venido,
sabe Dios si con el tiempo
vendrán con el rayo mismo.

Y el mismo Lope podría creerse que profetizó el descubrimiento de los rayos X en estos versos:

La luz iluminaba
su contorno tal vez, mas su figura
no oponía á la luz, compacta, oscura,
su masa corporal: la luz en torno
no se extendía, no, de su contorno,
que al reflejo su cuerpo traspasaba.
Vacilaba su forma á cada paso
como se ve variar la de un objeto
cercado de agua y á través de un vaso,
y parecía que era solamente
cada figura un árido esqueleto
que con cuerpo aparente
su desnudez disimular quería.

La telegrafía sin hilos fué adivinada por el inmortal Calderón de la Barca, en estos versos de «*El médico de su honra*»:

Dicen que dos instrumentos,
conformemente templados
por los ecos dilatados,
comunican sus acentos.
Tocan el uno, y los vientos
hiere el otro sin que allí
nadie le toque, y en mí
esta experiencia se viera:
pues si el golpe allá te hiriera,
muriera yo desde aquí.

Teófilo Gauthier, en 1848, predijo el invento del fonógrafo, con estas palabras:

«Puede llegar un día en que la crítica, perfeccionada por el progreso universal, contará con medios de anotación esceno-gráfica para fijar todas los matices de la declamación de un actor, y no tendremos

que lamentar la desaparición completa de aquellos rasgos de su genio, completamente perdidos para la posteridad. De igual modo que hemos obligado á la luz á fijarse en una placa bruñida, podremos recibir y guardar las ondas melódicas y conservar de este modo la voz hermosa de Mario, una estrofa declamada por Mme. Rachel, la serenata de don Pascuale, un couplet de Federico Lemaitre, las impresiones de Camilo y las declaraciones de amor de Ruy Blas, daguerreotipadas en el mismo verbo.»

Treinta años después que Teófilo Gauthier soñó estas maravillas, el gran Edison pudo realizarlas, con su invento incomparable del fonógrafo. Mas hubo un escritor francés, Cirano de Bergerac, que se anticipó dos siglos á Gauthier en la concepción maravillosa del aparato registrador de la voz humana. Véase lo que dice Cirano en su obra *Viaje á la luna*.

«En la abertura de la caja he encontrado no sé qué cosa de metal parecida á la maquinaria de los relojes, llena de mecanismos diminutos. A la verdad parece un libro prodigioso que no tiene hojas ni letras; un libro, en fin, para el cual no se necesitan los ojos, sino los oídos. Cuando uno quiere leerlo, mueve esta máquina mil pequeños nervios; da la vuelta á la aguja sobre el capítulo que uno desea escuchar, y salen como de la boca de un hombre ó de un instrumento de música toda clase de sonidos que sirven á los lunáticos para la expresión del lenguaje.»

También explica Cirano en su obra, la idea de los paracaídas para los globos, que habían de ser inventados un siglo después.

Juan Richepin cuenta que un novelista griego, Basilides Mnazio, de la época del bajo imperio, presintió ó relató el hecho de un teléfono sin hilos. En una de sus obras menciona un desconocido, el cual,

hablando con el emperador de Bizancio, Constantino Paleólogo, le propuso la aplicación de un invento para oír desde su palacio lo que se decía en el campamento de los turcos, al otro lado del Bósforo. Constantino acudió á la casa del misterioso personaje, y desde allí, junto á un aparato, al que se daba el nombre de *mástil de los relámpagos negros*, oyó las voces de Mahomet, que gritaba allá en el campamento enemigo. Mas Constantino Paleólogo, en vez de utilizar el invento, creyó que el inventor era el mismo diablo y le atravesó el pecho de una estocada.

Tres días después, los turcos asaltaban los muros de Constantinopla.

Un ingeniero loco, encerrado en el manicomio de Bedlam, en el siglo XVIII, predijo el invento del ferrocarril y el túnel del Canal de la Mancha (que aún no está hecho). Dijo que pretendía construir un puente desde Douvres á Calais, y hacer unos carros que sin caballos corrieran más que la posta.

El gran satírico inglés Swift, en su obra clásica *Viajes de Gulliver*, anunció, en mitad del siglo XVIII, la existencia de dos satélites girando alrededor del planeta Marte. Dos siglos después, en 1877, el astrónomo Mr. Hall, descubrió los satélites de Marte adivinados por Swift. También Cirano había dicho que Marte poseía cuatro satélites.

El descubrimiento del Nuevo Mundo fué previsto por Séneca, á principios de la Era Cristiana, con estas frases:

«Un tiempo vendrá en el curso de los siglos, en que el Océano descubrirá al hombre una tierra inmensa y desconocida; el mar nos revelará nuevos mundos y Tulé (Islandia) no será el límite del mundo.»

Estas palabras de Séneca fueron citadas por Colón en una carta dirigida á los Reyes Católicos.

El sistema que fija el movimiento de la

Tierra alrededor del Sol, fué previsto y anunciado por Pitágoras, Nicetas, Aristarco, Platón y Filolao, como veinte siglos antes de nacer Copérnico. Este último, en su libro, declara que concibió su idea del Universo en la lectura de aquellos autores.

El Dante apuntó uno de los principios de la moderna termodinámica, en estos versos del canto XXV del Purgatorio.

Guarda il calor del Sol che si fa vino
Giunto all'umor che dalla vite cola.

«Considera el calor del Sol que se transforma en vino penetrando en el jugo que la vid destila.»

La apertura del Canal de Suez, fué anunciada por los oráculos. Cuéntase que cuando Neco, rey de Egipto, tuvo que desistir de la obra que había emprendido para unir el Mediterráneo con el Mar Rojo, por haber perecido 600,000 hombres en la empresa, consultó el oráculo y este dijo:

—Un bárbaro llevará á feliz término tu obra.

En lo antiguo se calificaba de bárbaros á los extranjeros.

Ariosto se anticipó varios siglos á señalar los fenómenos del hipnotismo, provocado por el resplandor de un objeto brillante. En el canto octavo del poema «Orlando Furioso,» dice que Rugiero se valió del escudo de Atlante para deshacerse de sus enemigos. «Levanta, dice, una parte de la seda encarnada que lo cubre y la luz deslumbradora que arroja, obra como lo ha hecho otras veces. El cazador, el caballero y su perro caen en tierra, y al halcón no les sostienen tampoco en el aire sus alas. Rugiero los dejó vencidos por un sueño mágico.»

Nuestros poetas clásicos Argensola y Calderón, tenían ideas muy notables sobre la concepción del Universo y la constitución física de los mundos; pues el primero

de los mencionados poetas escribía, á mediados del siglo XVII, el soneto famoso que acaba con estas líneas:

Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Y Calderón tenía en la mente formado un concepto muy parecido al de la moderna teoría de constitución de los planetas, cuando escribió esto:

Y del cadáver del sol
cenizas son las estrellas
que en sus rayos derramado,
en sus luces dividido,
es un planeta partido,
es un dios multiplicado.

Y es que los verdaderos poetas sienten vivo deseo de observar y meditar sobre lo más íntimo que esconde la naturaleza. Procuran instruirse de cuanto alcanza la

ciencia de sus días; y con la imaginación viva que poseen, conciben los más atrevidos planes teóricos. El sabio, que también es algo poeta en lo de aficionarse á admirar los prodigios naturales, fija su atención con más persistencia sobre un punto dado, y descubre á veces una realidad parecida á la que soñó el poeta. De aquí la curiosa analogía de pensamientos y de fines que llevan. Los grandes descubrimientos, ha dicho un autor, son las flores y los frutos de innumerables hipótesis concebidas por el entusiasmo y labradas por la paciencia. Las ideas del poeta flotan vagas y difuminadas en el éter del pensamiento: las del sabio físico son tenaces y persistentes; pero ambas nacen de la fantasía y de la observación que poseen estos dos hermanos, hijos de la inteligencia.

P. GIRALT.

De *Prisma*. Lima, Perú.





DE "EL CANTO ERRANTE"

EPÍSTOLA

A la Señora de Leopoldo Lugones.

Madame Lugones, j'ai commencé ces vers,
 En écoutant la voix d'un carillon d'Anvers
 Así empecé, en francés, pensando en Rodenbach
 Cuando hice, hacia el Brasil, una fuga de Bach!
 En Río de Janeiro iba yo á proseguir
 Poniendo en cada verso el oro y el zafir
 Y la esmeralda de esos pájaros-moscas
 Que melifican entre las áureas siestas foscas
 Que temen los que temen el cruel vómito negro.
 Ya no existe allá fiebre amarilla. Me alegro!
 «Et pour cause.» Yo panamericanicé
 Con un vago temor y con muy poca fe
 En la tierra de los diamantes y la dicha
 Tropical. Vi, por fin, que si había machicha,
 Existía también un gran núcleo cordial
 De almas llenas de amor, de ensueño, de ideal.
 Que si había un calor feroz, también había
 Todas las consecuencias y ventajas del día,

En panorama igual al de los cuadros y hasta
 Igual al mejor de la fantasía. Basta.
 Mi ditirambo brasileño es ditirambo
 Que aprobaría tu marido. «Arcades ambo.»

Mas al calor de ese Brasil maravilloso,
 Tan fecundo, tan grande, tan rico, tan hermoso,
 A pesar de Tijuca y del cielo opulento,
 A pesar de ese foco vivaz de pensamiento,
 A pesar de Nabuco, embajador, y de
 Los delegados panamericanos que
 Hicieron lo posible por hacer cosas buenas,
 Saboreé lo ácido del saco de mis penas.
 Quiero decir que me enfermé. La neurastenia
 Es un dón que me vino con mi obra primigenia.
 Y he vivido tan mal... y tan bien... como y tanto...
 Y tan buen comedor guardo bajo mi manto,
 Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa,
 Y he probado bocados de cardenal y Papa,
 Y he exprimido la ubre cerebral tantas veces,
 Que estoy grave. Esto es mucho ruido y pocas nueces,
 Según dicen doctores de una sapiencia suma.
 Mis dolencias se van en ilusión y espuma.
 Me recetan que no haga nada, ni piense nada,
 Que me retire al campo á ver la madrugada
 Con las alondras y con Garcilaso y con
 El sport. Soberbio! Sí, muy bien! Y *La Nación?*
 Y mi trabajo diario y preciso y fatal?
 No se sabe que soy cónsul, como Stendhal?
 Es preciso que el médico que eso receta, dé
 También libro de cheques para el Crédit Lyonnais.
 Y envíe un automóvil devorador de viento
 En el cual se pasee mi egregio aburrimiento,
 Harto de profilaxis, de ciencia y de verdad.

En fin, convaleciente, llegué á nuestra ciudad
 De Buenos Aires, no sin haber escuchado

A mister Root, á bordo del «Charleston» sagrado.
Mas mi convalecencia duró poco. Qué digo!
Mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo,
Y el banquete de *La Nación*, que fué estupendo,
Y mis viejas siringas con su pánico estruendo,
Y ese fervor porteño, ese perpetuo arder,
Y el milagro de gracia que brota en la mujer
Argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra,
Me pusieron de nuevo con mi salud en guerra.

Y me volví á París. Me volví al enemigo
Terrible, centro de las neurosis, ombligo
De la locura, foco de todo «surmenage,»
Donde hago buenamente mi papel de «sauvage,»
Encerrado en mi celda de la rue Marivaux,
Confianto sólo en mí, y resguardando el yo.

Y si lo resguardara, Señora! Si no fuera
Lo que llaman los parisienses «una pera!»
A mi rincón me llegan á buscar las intrigas,
Las pequeñas miserias, las traiciones amigas,
Y las ingratitudes. Mi maldita visión
Sentimental del mundo, me aprieta el corazón;
Y así cualquier tunante me explotará á su gusto.
Soy así. Se me puede robar con calma. Es justo.

Por eso los astutos, los listos, dicen que
No conozco el valor del dinero. Lo sé!
Que ando, nefelibata, por las nubes. Entiendo!
Que no soy hombre práctico en la vida. Estupendo!
Sí, lo confieso, soy inútil.no trabajo
Por arrancar á otro su pitanza; no bajo
A hacer la vida sórdida de ciertos previsores;
Yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores;
No combino sutiles pequeñeces, ni quiero
Quitarle de la boca su pan al compañero.
Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes.

Gusto de gentes de maneras elegantes
 Y de finas palabras y de nobles ideas.
 Las gentes sin higiene ni cultura, ó de feas
 Trazas, avaros, torpes ó malignos y rudos,
 Mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.
 Si el sportsman es Pretonio, con él mis gustos son;
 Porque si no, prefiero á Verlaine ó á Villon.

No conozco el valor del oro Saben esos
 Que tal dicen lo amargo del jugo de mis sesos,
 Del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta,
 Del pensamiento en obra y de la idea encinta?
 He nacido yo acaso hijo de millonario?
 He tenido yo Cirineo en mi Calvario?

Tal continué en París lo empezado en Anvers.
 Hoy, heme aquí en Mallorca, «la terra dels foners,»
 Como dice mossen Cinto, el gran catalán.
 Y desde aquí, Señora, mis versos á ti van,
 Olorosos á sal marina y á azahares,
 Al suave aliento de las islas Baleares.

Hay un mar tan azul como el partenopeo,
 Y el azul cenital vasto como un deseo,
 Su techo cristalino bruñe con sol de oro.
 Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro.
 Barcas de pescadores sobre la mar tranquila
 Descubro desde la terraza de mi "villa,"
 Que se alza entre las flores de su jardín fragante,
 Con un monte detrás y con la mar delante.
 Veo el vuelo gracioso de las velas de lona,
 Y los barcos que vienen de Argel y Barcelona.
 Tengo arbolitos verdes llenos de mandarinas,
 Tengo varios conejos y unas cuantas gallinas.
 Y, conforme el poeta, tengo un Cristo y un Mauser.
 Así vive este hermano triste de Gaspard Hauser.

A veces me dirijo al mercado, que está
En la Plaza Mayor. (Qué Coppée, no es verdá?)
Me rozo con un núcleo cesposo de muchedumbre,
Que viene por la carne, la fruta y la legumbre.
Las mayorquinas llevan una modesta falda,
Pañuelo en la cabeza y la trenza á la espalda.
Esto, las que yo he visto al pasar, por supuesto.
Y las que no lo lleven no se enojen por esto.
He visto una payesa con sus negros corpiños,
Con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños;
Y un velo que les cae por la espalda y el cuello,
Dejando al aire libre lo obscuro del cabello.
Sobre la falda clara, un delantal vistoso.
Y saludan con un «bon di tengui» gracioso.

Entre los cestos de patatas y de coles,
Pimientos de corales, tomates de arreboles,
Sonrosadas cebollas, melones y sandías
Que hablan de las Arabias y las Andalucías;
Calabazas y nabos para ofrecer asuntos
A madame Noailles y Francis Jammes juntos!

A veces me detengo en la Plaza de Abastos,
Como si respirase soplos de alientos vastos,
Como si se me entrase con el respiro el mundo.
Estoy ante la casa en que nació Raimundo
Lulio. Y en ese instante mi recuerdo me cuenta
Las cosas que le dijo la Rosa á la Pimienta.

Oh, cómo se cantara el sublime destierro,
Y la lucha y la gloria del mallorquín de hierro!
Oh, cómo cantaría en un carmen sonoro,
La vida, el alma, el numen del mallorquín de oro!
De los hondos espíritus es de mis preferidos.
Sus robles filosóficos están llenos de nidos
De ruiseñor. Es otro y es hermano del Dante.
Cuántas veces pensaron su verbo de diamante

Delante la Sorbona vieja del París sabio!
 Cuántas veces he visto su infolio y su astrolabio
 En una bruma vaga de ensueño, y cuántas veces
 Le oí hablar á los árabes cual Francisco á los peces,
 En un imaginar de pretéritas cosas
 Que por ser tan antiguas se sienten tan hermosas!

Excúsame, si quieres, oh Juana de Lugones,
 Estas filosofías llenas de digresiones.
 Mas mi pasión por Ramón Llull es pasión vieja,
 Perfumada de siglos de verso y de conseja.
 Núñez de Arce hizo un bello poema. Núñez de Arce,
 Blancos pétalos sueltos del azahar esparce;
 Mas Ramón Llull es el limonero de Hesperia
 Ingerto en el gran roble del corazón de Iberia,
 Que necesita el Hércules fuerte que le sacuda
 Para sembrar de estrellas nuestra tierra desnuda.

Hice una pausa.

El tiempo se ha puesto malo. El mar
 A la furia del viento, no cesa de bramar.
 El temporal no deja que entren vapores, y
 Un yacht de lujo busca refugio en Porto-Pi.
 Porto-Pi es una rada cercana y pintoresca,
 Vista linda, aguas bellas, luz dulce, y tierra fresca.

Ah, Señora! Si fuese posible á algunos el
 Dejar su Babilonia, su Tiro, su Babel,
 Para poder venir á hacer su vida entera
 En esta luminosa y espléndida ribera!

Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco,
 Que las pomas de Ceres y las uvas de Baco
 Cultiva en un retiro archiducal y egregio.
 Hospeda como un monje, y el hospedaje es regio.
 Sobre las rocas se alza la mansión señorial,
 Y la isla le brinda ambiente imperial.

Es un pariente de Jean Orth. Es un atrida
Que aquí ha encontrado el noble secreto de su vida.
Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto
Que aprovecha á la orilla del mar ese secreto.

La isla es florida y llena de encanto en todas partes.
Hay un aire propicio para todas las artes.
En Pollensa ha pintado Santiago Rusiñol
Cosas de flor, de luz y de seda de sol.

Hay celda de retiro espiritual famosa.
La literata Sand escribió en Valldemosa
Un libro. Ignoro si vino aquí con Musset.
Y si la vampiresa sufrió ó gozó, no sé.*

Por qué mi vida errante no me trajo á estas sanas
Costas, antes de que las prematuras canas
De alma y cabeza hiciesen de mí la mescolanza
Formada de tristeza, de vida y de esperanza?

Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!
Oh, cómo me gustaría sal de mar, miel de aurora,
Al sentir como en un caracol en mi cráneo
El divino y eterno rumor mediterráneo.

Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día
Después que le dejaron loco de melodía
Las sirenas rosadas que atrajeron su barca.
Cuanto mi sér respira, cuanto mi vista abarca,
Es recordado por mis íntimos sentidos.
Los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,
Como en ondas atávicas me traen añoranzas
Que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.

Mas dónde está aquel templo de mármol y la gruta
En que mordí aquel seno dulce como una fruta?

* He leído ya el libro que hizo Aurora Dupin.

Fué Chopin el amante aquí. . . . Pobre Chopin!

Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas
 Recogían para los cueros de sus ondas?

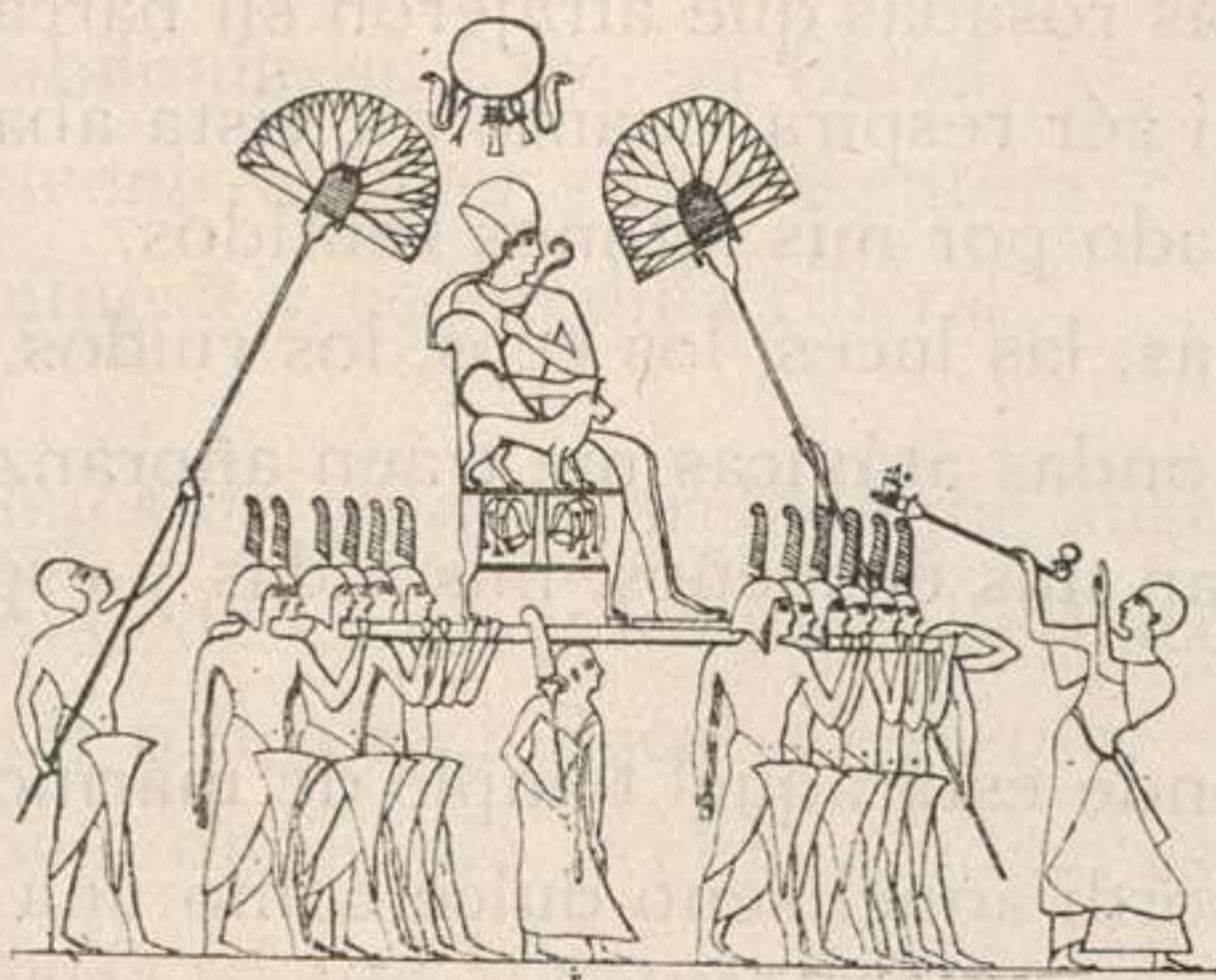
Calma. Calma. Esto es mucha poesía, señora.
 Ahora hay comerciantes muy prosaicos. Ahora
 Manda barcos prosaicos la dorada Valencia,
 Marsella, Barcelona y Génova. La ciencia
 Comercial es hoy seca y lo acapara todo.
 Y así, yo, respirando mi salitre y mi yodo
 Brindados por las brisas de aqueste golfo inmenso,
 A un tiempo, como Kant y como el Asno,
 Pienso.

Es lo mejor. Y aquí mi epístola concluye.
 Hay un ansia de tiempo que de mi pluma fluye
 A veces, como hay veces de enorme economía.
 «Si hay, he dicho, alma clara, es la mía.»

Mírame transparentemente, con tu marido,
 Y guárdame lo que tú puedas del olvido!

RUBÉN DARÍO.

Anvers-Buenos Aires-París-Palma de Mallorca, MCMVI.





ESCUELA POSITIVA PENAL

DELEGACION GENERAL DEL PACÍFICO

Santiago, Noviembre 15 de 1906.—
Al Sr. D. Jesús E. Valenzuela, Delegado de la Escuela Positiva Penal en México.—México.

Tengo el agrado de comunicar á Ud., que con nota núm. 7,814, fecha 7 de Septiembre, la Secretaría del "Comité Central de la Escuela Positiva Penal," me informa que, desde el 1.º de Septiembre, ha asumido la presidencia de la Institución el Señor Vicepresidente primero, Dr. Luis Ferriani, para completar el bienio 1906-1907, por renuncia del Presidente titular.

Con nota núm. 7,861, fecha 13 de Septiembre, me comunica, además, lo siguiente:

"Informo al Señor Delegado General, que este Comité Central, vista su nota de fecha 3 de Junio antepasado, y en atención al recargo de trabajo que tiene esa DELEGACIÓN GENERAL, ha establecido de reducir su jurisdicción territorial á las siguien-

tes Repúblicas: CHILE, PERÚ, BOLIVIA, ECUADOR, PANAMÁ, COSTA RICA, NICARAGUA, HONDURAS, EL SALVADOR, GUATEMALA Y MÉXICO. Esa Delegación General se llamará DELEGACIÓN GENERAL DEL PACÍFICO, con asiento en Santiago de Chile.

Las otras Repúblicas que formaban parte de la DELEGACIÓN GENERAL DE LOS PAÍSES HISPANO-AMERICANOS, pasan á formar la DELEGACIÓN GENERAL DEL ATLÁNTICO, á cargo del Dr. Darío Metreale. Saludo atentamente al Señor Delegado General (f.º) L. Ferriani, Presidente H. Carmona, Subsecretario."

Según la comunicación que precede, la DELEGACIÓN GENERAL DEL PACÍFICO queda compuesta del siguiente personal:

DELEGADO GENERAL, Doctor Luis Gámbara. Fecha del nombramiento, 24 de Febrero de 1904.

CHILE.

DELEGADOS: Lic. D. Tito Lisoni, residente en Santiago, nombrado el 17 de Octubre de 1905.—Dr. Juan B. Miranda, residente en Santiago, nombrado en la misma fecha.

SUBDELEGADO: Dr. Manuel Beca, residente en Valparaíso, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

PERÚ.

DELEGADOS: Dr. A. M. Rodríguez Dulanto, residente en Lima, nombrado el 17 de Octubre de 1905.—Dr. F. Guillermo Romero, residente en Lima, nombrado en la misma fecha.

BOLIVIA.

DELEGADO: Dr. Isaías Casartelo, residente en La Paz, nombrado el 7 de Noviembre de 1905.

ECUADOR.

DELEGADO: Dr. Benjamín Villanueva, residente en Quito, nombrado el 6 de Marzo de 1906.

PANAMÁ.

DELEGADO: D. Julio Arjona Q., residente en Panamá, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

COSTA RICA.

DELEGADO: D. Rafael Angel Troyo, residente en Cartago, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

EL SALVADOR.

DELEGADO: D. Ramón Mayorga Rivas, residente en El Salvador, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

HONDURAS.

DELEGADO: D. Froilán Turcios, residente en Tegucigalpa, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

NICARAGUA.

DELEGADO: D. Santiago Argüello, residente en León, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

GUATEMALA.

DELEGADO: D. Francisco Contreras, residente en Guatemala, nombrado el 10 de Agosto de 1906.

MÉXICO.

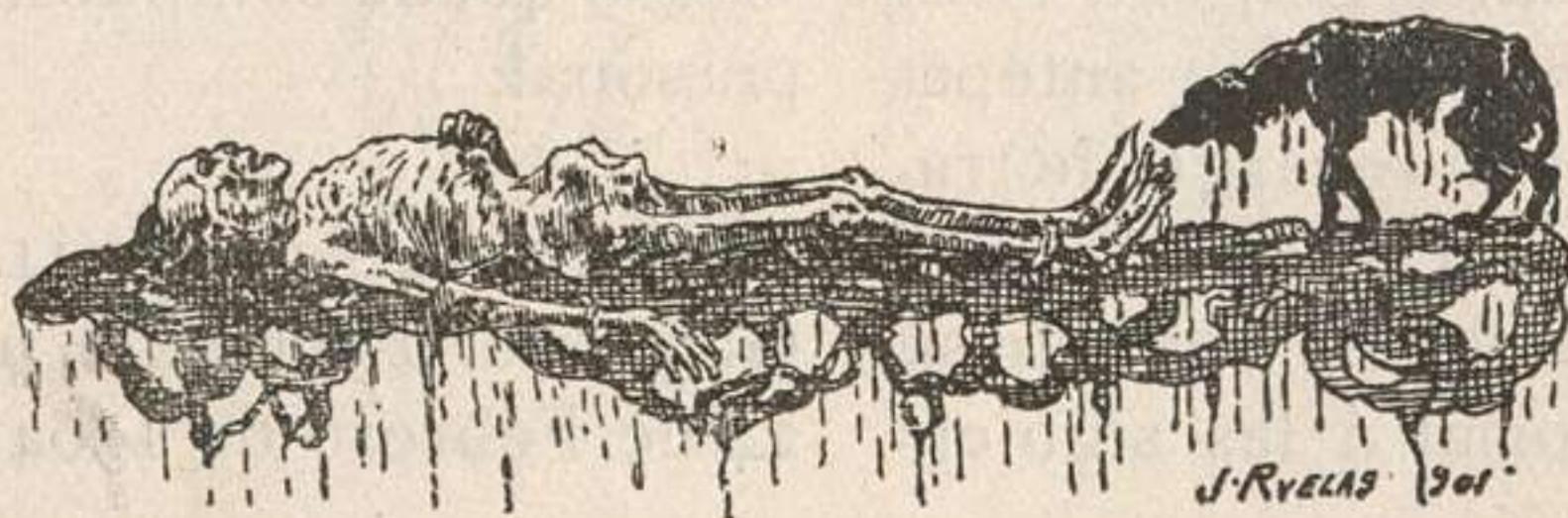
DELEGADO: D. Jesús E. Valenzuela, residente en México, nombrado el 10 de Octubre de 1906.

Los Señores Delegados seguirán ciñéndose á las instrucciones ya impartidas.

Al mismo tiempo me es agradable poner en conocimiento del Señor Delegado, que esta Delegación general, visitará las Delegaciones dependientes de ella, en los primeros meses del próximo año, avisando oportunamente á los Señores Delegados.

Saludo atentamente al Señor Delegado.

DR. LUIS GÁMBARA,
Delegado general.





INVOCACION

(De "Versos de las flores")

Alegrías ardientes, explosión de la rosa,
canto del ruiseñor, risa de la mujer,
clavaos en lo más profundo de mi sér
y dadme vuestra vida desbordante y gloriosa.

Alegrías humildes, humareda de hogar,
infantil balbuceo, borbollar de la fuente,
acariciad con suaves aleteos mi frente;
dadme un sueño de calma y un claro despertar.

Dolores que aborrece la muchedumbre incrédula,
dadme el grano de sal oculto en vuestra médula,
el germen de esperanza que en vosotros anida.

¡Oh alegrías, oh penas, fervoroso os espero!
Purificadme y exaltadme, porque quiero
traducir en mis versos la prosa de la vida.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO.

Madrid.

EL RECTOR

DE LA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Particular

14 I 1909

M. D. Domínguez Valenzuela

Mi querido señor y amigo:
Hoy de una vez te envío los
dormidos de México, que usted dijo
me reprochó. Trabajos míos, y
por ellos te doy las gracias.

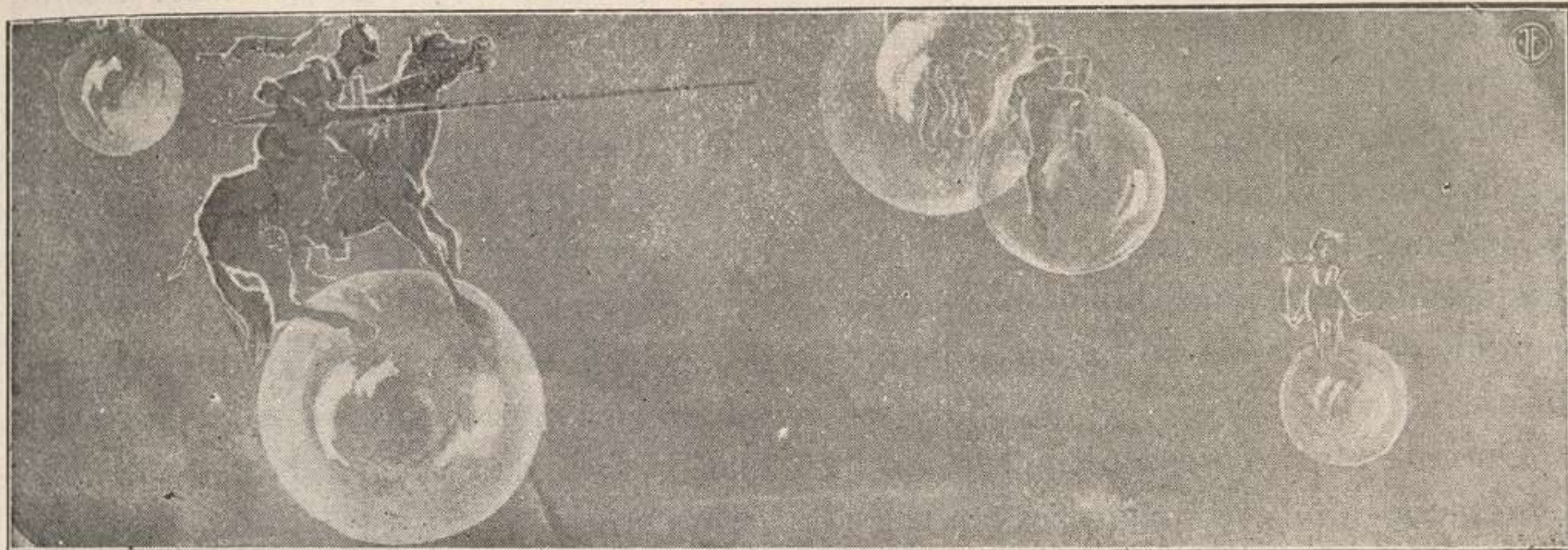
Y he aquí que se me ha ocurrido
algo extraño: las afueras de Lima
están un recuerdo de mi primer
mora. Fui en 1880 y quise de los
cantos a la revista que usted
dijese. Ahí van.

Quisiera insistir a lo que
por ahí se haya. Hace tiempo
que apenas se de ese país

Miéntame mis relaciones en
la Argentina, se acrecen, la
y Venecuela no.

Si un Real se a D. Juan
partido de mi parte. Es
uno de los americanos á quien
Lengua en mi España.
Amada tengo a Alfonso

Alfonso Colchagua



MI VISIÓN PRIMERA DE MEJICO

Para la "Revista Moderna."

Poético, verdaderamente poético, no es sino aquello que atesora pasado, lo que ha vivido y viviendo venció al dolor, lo que ha sufrido y sufriendo venció á la vida. A nuestras mismas previsiones del porvenir las vestimos con hermosura del pasado; es con los recuerdos con que construimos las esperanzas.

Y en nuestra pobre y corta vida sólo tiene raíces de poesías lo que arraiga en la frescura de nuestras impresiones infantiles. De la capa de niñez de nuestro espíritu toman savia nuestras visiones de consuelo.

Y Méjico, ese Méjico lejano, se pierde para mí, y al así perderse, se me agiganta en las brumas del alba de mi vida, cuando era el sol de mi conciencia un sol recién nacido.

Mi buen padre fué lo que en mi tierra llaman un indiano. Salió jovencito de

Vergara, su pueblo natal, y se fué á Méjico en busca de fortuna. Residió en Tepic. Y á su vuelta á mi país vasco casó y de este casamiento nació hace ya cuarenta y dos años. Y luego se murió mi padre dejándome huérfano á mis seis años.

De él apenas recuerdo; son inútiles mis esfuerzos para coger su imagen viva; no lo veo sino en retratos. Sólo tengo un recuerdo que quiero contar.

Un día logré colarme en la sala de casa, una sala de respeto, con cuadros representando escenas del antiguo testamento —aún veo á Moisés sacando agua de la roca— y con bolas de espejo, y en aquella sala estaban mi padre y un industrial francés hablando en la lengua de éste, y de cuán grande debió de ser la impresión que me produjera oír hablar á mi padre en lengua para mí extraña, atestigua el hecho de que no logro represen-

tármelo sino en aquel momento. Debió de ser para mí algo como la revelación del misterio de la palabra.

Mi padre dejó una modesta biblioteca, en la que apacenté mi espíritu infantil. Y dejó no pocos objetos que recordaban á aquel Méjico lejano donde pasó su juventud, y de que oía yo hablar á menudo en casa.

Durante mucho tiempo ha servido de sobremesa en mi casa paterna, un precioso poncho mexicano, de fino estambre y finos colores, recio y flexible.

Hay dos fisonomías que me son familiares desde que empezaron á grabarse en mi mente las caras de los hombres, y son el rostro barbudo de Abraham Lincoln, con su aspecto cabruno, y el rostro lampiño del indio Juárez, de quien oí decir no poco. Uno y otro seres místicos para mí, que se codeaban con los patriarcas de que el *Flauri* (Fleury) nos habla.

Por singular coincidencia llegó á Bilbao, siendo yo un muchachuelo, una colección de figuras de cera de que me ha quedado imborrable recuerdo. Y de ella lo que más hirió mi imaginación fué el cuadro de la tragedia de Querétaro, Maximiliano, Miramón y Mejía, de rodillas y con los ojos vendados, en el momento de ir á fusilarlos. Fué acaso mi primera lección de historia. Y en casa oí relacionar aquel cuadro tétrico, con el impasible rostro lampiño del indio Juárez.

He dicho que mi padre dejó al morir una modesta biblioteca. Eran pocos los libros, pero no mal escogidos. Y una buena parte de ellos provenían de Méjico, de donde los trajo al volver á su tierra nativa.

Allí había una *España pintoresca*, editada en Méjico, en cuyos grabados apacenté mis ojos ávidos de curiosidades. Allí se representaban tipos de las distintas regiones españolas, y aún recuerdo el prestigio de lejana extrañeza que envolvía

á los armuñeces, pongo por caso. Los tales armuñeces, aparecíanseme algo así como los madianitas bíblicos, y no fué pequeña mi impresión cuando al venir á esta ciudad de Salamanca me encontré, á sus puertas mismas, con armuñeces de carne, vivos y verdaderos. ¡Quién había de decirme en aquella edad de milagros, que llegarían tiempos en que paseara á diario hasta dar vista á la llanada de la Armuña.

Entre aquellos libros había también una colección de poetas mexicanos, románticos todos, de versos lagrimosos llenos de palabras agudas y esdrújulas. Las llanas les disonaban, parece. Y había, sobre todo, entre aquellos libros —y allí está todavía, en casa de mi madre, en Bilbao— un ejemplar de la Historia antigua de México del P. Clavigero, empastado, aunque á la moderna, en pergaminos. Y siendo un muchacho de doce años, me engolfé en su lectura.

¡Qué extraño desfile por mi espíritu fresco y virginal el de aquellos aztecas, toltecas y chichimecas! ¡en qué áurea nube de misterio y de fábula antigua venían envueltos en su marcha desde la leyenda hacia mí! Sabíame á algo bíblico, como los madianitas, amorreos ó filisteos.

¡Cuántas noches me engolfé en los relatos del buen padre respecto á los sacrificios al sol, y en las leyendas de los viejos dioses mexicanos! Cuando más tarde, siendo ya hombre, vi en la oda imperecedera de Carducci levantarse rodeado de llamas lívidas, sobre su pirámide, en las tinieblas tropicales, el dios Huitzilopochtli aullando á través del mar aquel terrible ¡ven! al miedo de Carlos V, de Hapsburgo, parecía surgir de las nieblas candidas de mi primera juventud.

Y aquellos grabados! aquellos jeroglíficos sobre todo! Cuántas veces, al cansarme de leer, no los dibujé durante mis ve-

las, mientras dejaba de lado los textos de estudio! Llegué hasta pensar en adoptar el antiguo calendario mejicano, porque el nuestro, este que usamos, es tan conocido. . . .! Y en lo que pensé *seriamente*, fué en adquirir libros á propósito y aprender el azteca. A los doce años. . . .! Y menudo pisto que me hubiere yo dado con ello. Porque francés, inglés, italiano y hasta caló sabía cualquiera, pero. . . . azteca! Más tarde aprendí algo de uno de los lenguajes de los indígenas de la Australia occidental.

Estos peregrinos conocimientos en la historia precolombina de Méjico, unidos á otros no menos peregrinos que me procuraba llevado de mi curiosidad por lo recóndito y extraño, contribuyeron, sin duda, no poco á la fama de raro de que ya por entonces empezaba á gozar entre mis compañeros de escuela. Y en las continuaciones á las novelas de Julio Verne, que improvisaba yo los domingos lluviosos y con las que entretenía á mis compañeros en la escuela, no faltaron prodigiosas aventuras en el Anáhuac, y ferozes

combates de mis errantes héroes con aztecas, toltecas y chichimecas, con todo el colorido local que el buen P. Clavigero me proporcionaba.

Era una edad en que disfrutaba de la alegría de contar; la profesión no me la había aún marchitado. Mi imaginación respiraba libre, sana y al aire abierto de la fábula.

Y hoy, cuando leo cosas referentes á Méjico, y sobre todo, á su antigüedad, envuélvenseme en perfumada bruma de primera juventud, y por debajo de mi lectura suenan como acordes de lejanas armonías, los ensueños de mis doce años, de aquella bendita edad en que eran uno la historia y la leyenda, y en que rizaban las aguas de mi espíritu brisas del oriente de los misterios.

Así es como mi padre me trajo de esa tierra en que aprendió á trabajar y á vivir, una fuente de extraña poesía, y así es como las raíces de mi visión de Méjico, se entrelazan con las raíces de mis primeros ensueños.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 14-I-1907.





LA HERMANA ANA

A la Señorita Ana María Charles Sánchez.

Si este homenaje vibra con una vaga armonía,
 es que á ti canto —maga del almo ritmo diverso.—
 Tú magnificas la Poesía,
 y con tu arte supremo enciendes mi fantasía,
 que á ti levanta, como á una musa, la flor del verso.

Yo te imagino como una joven sacerdotisa;
 arde en tus manos el fuego sacro de la vestal;
 y más ferviente que un catecúmeno vengo á tu misa,
 viendo á la gloria cómo, asombrada, su lampo irisa
 sobre tu hermosa frente genial.

Y —salmo ardiente— cruza el silencio tu serenata,
y así á las almas, maravilladas, fundes en una;
nievan tus manos en el ensueño que se dilata
bajo las frentes, su luz de plata,
y los deseos son endimiones ebrios de luna.

Sobre el piano, cual en una ánfora, filtros derramas,
hondas nostalgias, himnos de amores, melancolías. . . .
Todas las gamas;
y son tus *trémolos* trinos de pájaros entre las ramas,
y tus *alegros*, riman triunfales clarinerías.

Toda tu alma de niña artista vibrante exhalas
sobre los ébanos y los marfiles que excelsa domas;
pasan tus manos con amplios vuelos de blancas alas,
cual suspendidas entre las cintas de las escalas,
como palomas.

Y eres sibila; se alza en tu trípode, taciturno,
Chopin sonámbulo en los jardines de su tristeza;
y cuando lloras ó cuando gimes algún nocturno,
sueño que acaso tu nacimiento rigió Saturno
y que tú tienes el mal divino de la Belleza.

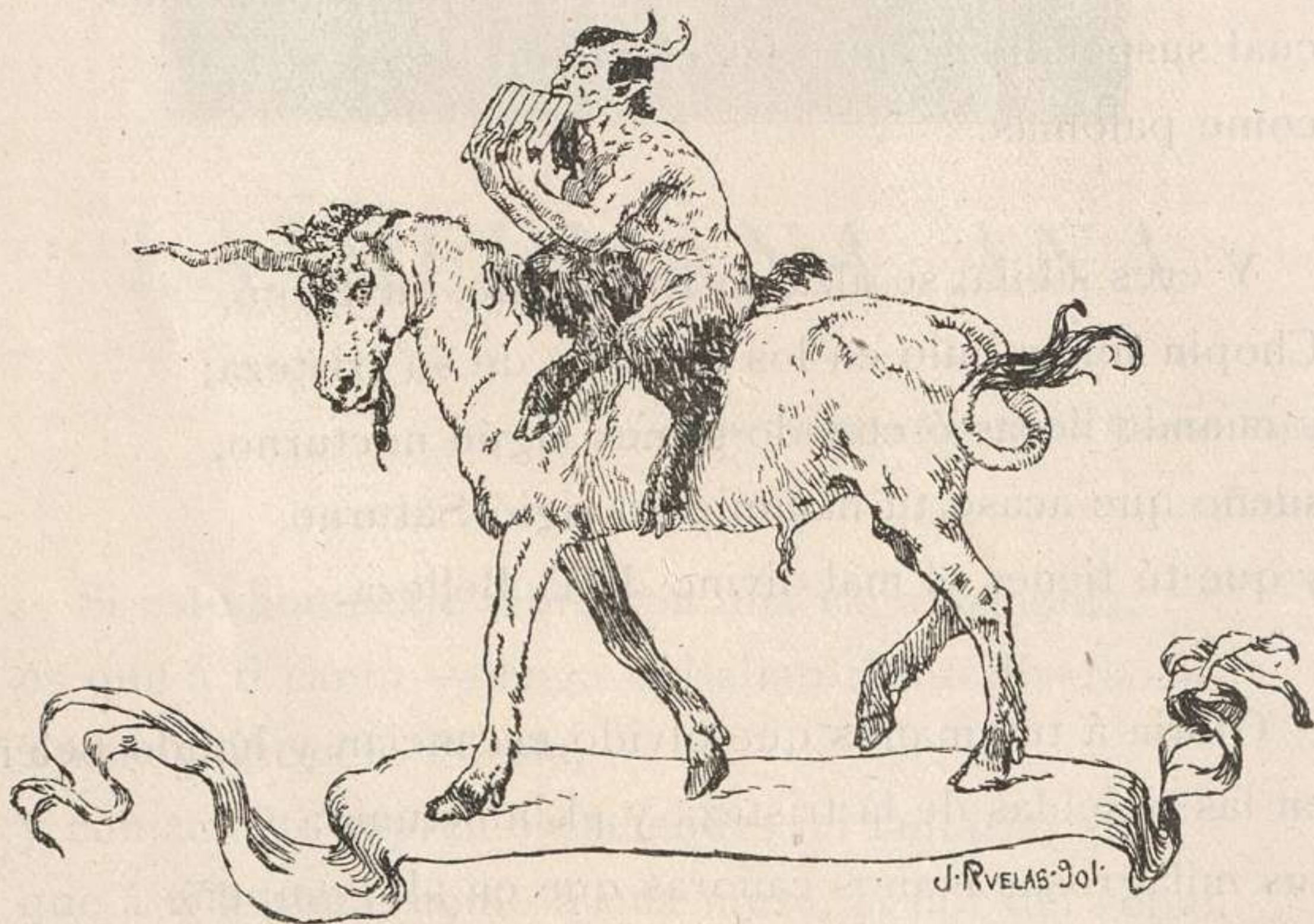
Gloria á tus manos que olvido escancian y hondo beleño
en las tinieblas de la tristeza y el infortunio;
tus milagrosas manos canoras que en alto empeño
el alma encumbran y la dilatan por el ensueño,
como se eleva, sobre las noches, el plenilunio.

Gloria á tus manos de maravillas divulgadoras;
el arte eximio preclaros ritmos en ti concilia,
por eso encantas é inmovilizas las breves horas

con el milagro de tus egregias manos, sonoras
como las tuvo Santa Cecilia.

Mientras laureles y mirtos brotan sobre tu senda,
con el exvoto de mis asombros tu brial enfloro,
te doy de ofrenda,
una medalla con este exergo como leyenda:
¡Quiera la Vida colmar de dones tus manos de oro!

RAFAEL LÓPEZ.





EN HONOR DE INGENIEROS

LA FIESTA DE ANOCHE

De la "Tribuna," de Buenos Aires.

Más que la adhesión cariñosa de los amigos que miraron desde aquí los triunfos del eminente hombre de ciencia, á través de liceos é institutos de la más alta alcurnia intelectual del viejo mundo, la fiesta de anoche fué, propiamente, una consagración, la consagración definitiva é indiscutida del joven argentino, ratificada por sus compatriotas, después de obtenida en el extranjero.

Porque, en efecto, á Ingegneros debía halagarlo por cima de todos los aplausos, el abrazo entusiasta de la tierra nativa, que hizo vibrar en todo momento las notas más elocuentes de su temperamento de artista y de sabio. Así lo han dicho los oradores brillantes de la fiesta, recogiendo las sensaciones que él mismo desparramaba en el ambiente, contándonos las nostalgias del viaje.

El banquete, que asumió grandes proporciones, no resultó, sin embargo, completo, debido á que el número de adherentes superó la previsión de los organizadores; y vióse, poco antes de la hora señalada, retirarse á una cantidad enorme de personas

que llegaron tarde á recoger el cubierto, pues el local estaba materialmente repleto. La deficiencia resulta, por cierto, halagadora para el obsequiado.

Transcurrió la comida en medio de la mayor animación, lo que debía esperarse de antemano atenta, la calidad intelectual de la concurrencia.

Ofreció la demostración el doctor Eliseo Cantón, decano de la facultad de medicina, en frases que fueron interrumpidas á cada paso por aclamaciones. Sentimos deveras no publicar el discurso, por la circunstancia de no haber sido escrito por el orador.

Contestó el obsequiado en los términos que más abajo transcribimos.

Luego habló el Dr. Roldán, dando la nota de la elocuencia, y á pedido insistente de los presentes, el señor Mariano de Vedia, que tributó á Ingegneros la ofrenda de la amistad, en una improvisación sencilla y llena de espiritualidad.

En suma, Ingegneros debe sentirse satisfecho de la acogida que se le ha dispensado entre los suyos á su regreso de Euro-

pa, porque en verdad es demasiado elocuente el significado del acto de anoche.

DISCURSO DEL DR. INGEGNIEROS.

Afronto esta demostración con ánimo inquieto y palabra reticente. Compláceme vuestro cariño invariado; pero advierto que ya os pertenezco en demasía: no vengo con jactancia del caballero que acepta la flor vencida en noble justa, mas con vacilación de acusado que rinde cuentas ante un severo tribunal de iguales. Vuestra cordialidad formuló otrora un presagio y me hizo adelantos en moneda de estímulo y de aplausos.

Sólo pude corresponderos con mi labor intelectual. Vosotros diréis si pagué justo y de buena ley; yo puse en ello mi intención mejor y mi pertinacia más obstinada.

*
* *

Si hay virtudes, si el bien y el mal no son simples disfraces verbales del placer y del dolor, diré que admiro entre todas, la que diferencia á los hombres de las sombras, á las unidades de los ceros, á los que existen de los que no existen: la virtud suprema, la energía. Ella incuba el secreto de todos los éxitos para los individuos y de todas las grandezas para los pueblos.

Es el motor y la palanca de la vida, siempre multiforme y compleja; es triunfadora, inagotable, renace más vigorosa después de cada esfuerzo. Ella es ciencia cuando se aplica á observar ó interpretar; es trabajo cuando produce y fructifica; es arte cuando sueña y cuando canta. Ella abrevia el espacio tejiendo telarañas de acero, que agrietan las pampas y sembrando bajeles cuyas hélices conspiran contra el ritmo de los océanos; ella viola el tiempo y se le adelanta, enseñándonos á pronosticar los fenómenos venideros por la inconstancia de una aguja magnética; ella rompe el ijar de la montaña y abre en la masa de las cordilleras un paso á la civilización dominadora, como desafío de la potencia humana al aislador capricho de la naturaleza; ella separa continentes y funde océanos; cortando enor-

mes estrechos, como si fueran cuellos gráciles, bajo el filo de cicópeas guillotinas; ella, siempre la energía humana, enseña á ver lo invisible, á escrutar lo inescrutable, á manejar las fuerza más esxtrañas é incomprendibles, á convertir en proficuos motores la violencia de la catarata, el calor del sol, el empuje de los ciclones, la majestuosidad de las mareas.

La historia de la humanidad es la historia de su energía, en todas las formas individuales y colectivas: la energía del que estudia y la del que siembra; la energía del que enseña y del que combate, de la madre que cría, del poeta que rima, del labriego que siega, del amante que besa, del rebelde que clama. Vivir la vida es un privilegio de los fuertes; los otros la asfixian en la inercia ó la marchitan en la sombra.

La intención no basta; es necesario el gesto. La promesa es falaz si no la acompaña la acción. Más aún: toda promesa debe ser ya el comienzo de una obra.

He sido invariable adepto de este culto de la energía; por eso mi balance es sencillo y cabe en dos palabras: «he trabajado.» Aceptadlas, si os place, como saldo honorable de mi deuda; si vuestra exigencia es más, contentaos con ver en ellas un nuevo compromiso para el porvenir.

*
* *

Cuando se parte con una mentalidad ya definida, la vagancia por tierras lejanas aporta pocas convicciones nuevas, pero ajusta ó corrige las que son más hondas en la integración evolutiva del espíritu. El conocimiento objetivo del mundo y de la vida, en faces más innumerables, sólo puede confirmarnos las nociones fundamentales de la filosofía científica: la evolución y el determinismo. Por la una, sabemos que todo cambia y progresa; por la otra, aprendemos que sólo cambia subordinadamente á causalidades que son ajenas al voluble capricho de la voluntad humana.

Sólo intereses transitorios y accidentales podrían sugerir transacciones entre el fantasear de la metafísica y la disciplina realis-

ta de la ciencia. La madurez del pensamiento persigue la intelección sintética de los fenómenos del universo, cuya realidad es objetiva y es una. Podemos, conforme á nuestro lente subjetivo, mirarla de cien modos, juzgarla según nuestros deseos, dolernos de ella si rompe alguna cuerda en la lira de nuestros sentimientos. Pero siendo la realidad una y objetiva, la síntesis de nuestra filosofía científica debe ser un evolucionismo determinista, eje y motor de toda la ciencia contemporánea.

*
* *

Leve es cualquier bagaje de hechos y sensaciones; frágil es toda consolidación del saber, que siendo humano es por fuerza exiguo y precario; superficial es la incesante floración de los procesos cerebrales que la vida intensa complica.

Lo más fundamental en el espíritu ausente es el aprendizaje de afecciones que vinculan al terruño, que hacen amar á esa indefinible madre común, que hacen vibrar por ella como por una novia que empieza á idolatrarse cuando está lejana, que estremecen por la eclosión de fuentes sentimentales que se dirían cegadas porque las obstruye su proximidad misma.

Es necesario haber sufrido la cruel lección de la nostalgia para comprender que mientras la fraternidad universal es un ideal abstracto, el amor por el país propio es un sentimiento real. Los ideales abstractos son la polilla del cerebro, carcomen la energía; los sentimientos reales la orientan y la fecundan.

El espíritu proscrito se puebla á la distancia de inenarrables recordaciones. Frente á un Lacio silencioso, donde tanta gesta de césares y de tribunos ilustró la historia de muchos siglos, la imaginación se escapa de pronto y reconstruye la pampa monótona y grandiosa. Los más vastos panoramas de cumbres y quebradas helvéticas nos evocan la adusta majestad del Andes prestigioso y magnífico. En cada racha de mistral creemos sentir un roce de alas frescas y te-

naces, como la penetrante caricia del pampero. Junto á un Arno que madrigaliza crónicas de antiguas gentes florentinas, nos frisa la memoria el recuerdo de nuestros ríos que peinan con mansedumbre inefable las murmurantes cabelleras de los sauces melancólicos. Siempre, con razón ó sin ella, el terruño está presente en el espíritu. Y alguna vez, en horas de vaguedad crepuscular, pasadas sobre una margen tranquila del Rhin, frente á castillos fantásticos que parecen animarse por las sugerencias deslumbradoras de la mitología y del arte, en vez de soñar con wagnerianos cantos de valquirias que descienden al abismo buscando el oro legendario, nos parecía oír murmullos tenues, indecisos, venidos de muy lejos, trayendo el eco mustio de esa alma nativa que agoniza en la melopeya de un triste ó de una vidalita nuestra.

*
* *

Amar á este hogar común es dignificarse á sí mismo. Hacer que se robustezca el tronco de este árbol que á todos juntos nos da sombra, es una forma de sentir el más elevado egoísmo colectivo.

Procuremos para ello ser células vigorosas del organismo en formación: pensemos que la intensidad de cada individuo, obtenida por el esfuerzo y la energía, es un elemento de la grandeza total. Seamos piedras distintas que concurren á combinar el mosaico de la nacionalidad; seamos todos diversos en tamaño, en color, en brillo, pero todos armónicos dentro de la finalidad grandiosa del conjunto.

Aspiremos á vivir nuestra propia vida.

Aspiremos á crear una ciencia nacional, un arte nacional, un sentimiento nacional, una política nacional, adaptando todos los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y social. Así como todo hombre aspira á ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también á que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad.

El catecismo es simple: sed profundos en la vida, libres en la idea, enérgicos en la acción. Cada uno procure enaltecer el nombre de todos con su esfuerzo, ante propios y ante extraños.

Y pues nos reunimos aquí muchos hombres jóvenes y de gustos intelectuales, auguro que cada uno vaya á honrarnos en el extranjero, y al regresar á la patria pueda contar —con la tierna emoción de un hijo á su madre cariñosa— que en el más conspicuo instituto científico del mundo, ha escuchado de un sabio eminente estas palabras inolvidables: «Saludemos con efusión á la República Argentina, hermoso país cuyos hombres vienen á Europa para enseñar, á una edad en que los europeos acostumbramos comenzar á aprender.»

DISCURSO DEL DR. BELISARIO ROLDÁN.

Y bien, doctor: henos aquí de nuevo en torno suyo, rojas de aplauso otra vez las manos amigas, y no extinguido todavía, por cierto, el rumor de los últimos tributos. A fe que si á cada manifestación de su talento hubiéramos de responder por nuestra parte con homenajes análogos á éste, habríamos de vivir —tal es, señores, su peregrina actividad mental,— como aquellos sibaritas del Bajo imperio, de quienes cuenta un biógrafo que iban al festín del día no marchitas aún las rosas con que habían orlado los manteles del anterior. . . . Fuerza es entonces concretar el pláceme; y al levantar las copas en honra del autor de los últimos triunfos, bebamos sin zozobra por el autor de los triunfos que vienen, porque para este infatigable trabajador, de quien acaba de poderse decir que es en sí mismo un estilista derivado de un decadente, y un razonador surgido de un rebelde —la última palabra de la obra concluida sólo sugiere la imperiosa necesidad de volcarse todo entero en la obra futura. . . . Es que en él coinciden, por modo admirable, la facultad de crear y la energía creadora; esa fecunda energía de la cual nos hablaba hace un momento en

un largo párrafo sonoro, que tanto podría parecer un himno como un credo: es que en él están la voluntad siempre en guardia, y la idea siempre en vendimia, superabundándose á sí misma en sucesivas y cada vez más brillantes explosiones,— uno como bosque sin invierno donde todo fuera un verdear de ramas nuevas. . . . es que en él riman la visión y el nervio, el carácter y el destello, el «puedo» y el «quiero» de la vieja fórmula animosa, eso, en fin, que el poeta de México, á ratos elocuentes, compendió en un sonoro verso:

.....luz y firmeza.

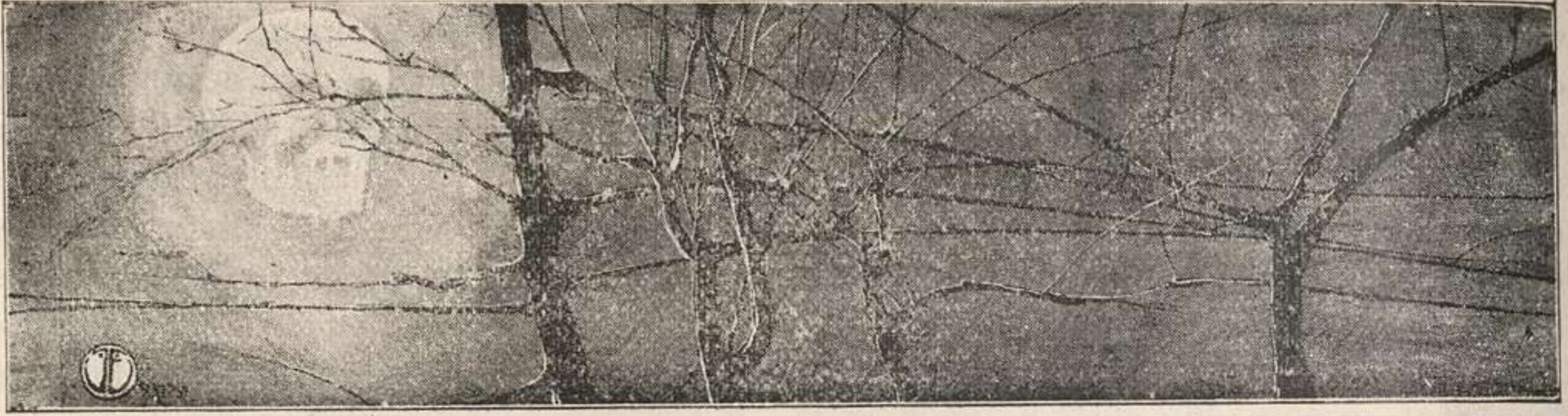
Firmeza y luz como el cristal de roca!

Yo levanto una vez más mi copa en su honor, «viejo niño,» que tiene de las altas horas de la vida el amor á las elevadas especulaciones, y de las horas primeras esa sana y fresca alegría del espíritu, que es timbre de vencedores y promesa de triunfo seguro; yo levanto una vez más mi copa en su honor; y ante el espectáculo de esta energía sin ocios, que desde el anónimo rincón originario ha sabido tender, más feliz que el hijo de Isaac, la escala de luz que le conduce á esta notoriedad respetable y respetada; ante el ejemplo de esta vida que trabaja, que se llena, que triunfa y que se impone —invitemos, señores, á los que disimulan su impotencia con la estéril sonata de siempre, atribuyendo á nuestro medio intelectual deficiencias orgánicas ó enrarecimientos asfixiantes,— invitémosles á pensar que aquí, como en todos los rincones del mundo para los cuales brilla el sol, cada labrador tiene su cosecha, y cada vencedor tiene su palma, como cada capullo su eclosión, y cada día su hora meridiana. . . . Invitémosles á creer que también aquí hay una recompensa justiciera para estos nobles esfuerzos, y que el medio mental en que vivimos, con ser «núbil y breve» como la niña del poema clásico, responde á estas austeras vigiliadas del propio modo como la campiña enorme va respondiendo con inagotables oleadas de trigo á las preguntas benditas del arado y la semilla. . . .

No: lo ha dicho muy bien el doctor Cantón: nuestro nivel intelectual avanza. Verdad es que el puesto político se subalterniza á gran galope, aquí como en todas las democracias de la tierra; verdad es que las tandas de mediocres corren á ocupar ruidosamente el puesto que antes fué de los ilustres, acaso porque la función del gobierno se impersonaliza del todo, y porque los atributos del mando brillan más eficaces y destacados cuando más se escurre en su propia penumbra el sujeto físico que los lleva. . . . pero no es lícito —gracias, señores,— inferir de ahí una baja en las acciones del pensamiento, porque si se destiñen las insignias oficiales, se acentúa, en cambio, el fulgor de las academias; y si la Francia —para citar un solo ejemplo— negó á Waldeck Rousseau el honor un tanto relativo del gobierno, precisamente porque tenía el defecto intrínseco de valer demasiado, —libre quedó para el grande francés el sendero de las públicas consagraciones, y palmas y lauros más duraderos que el bastón de M. Faure, premiaran ya, á no mediar la muerte, tanta consagración y tanto cerebro. . . . Contramarche en buen hora la humanidad, en lo que á su tipo gobernante se refiere, hacia el «home bueno» de las partidas. Acaso estará en lo cierto. Entretanto, celebremos el advenimiento de esos «puros espíritus,» ungidos por Taine, que viven replegados en su mentalidad como un monje en su convento, y que no ambicionan el puesto político, ni corren tras el aplauso trivial de las muchedumbres,— aplauso tanto más irrespetable, señores, cuanto que para traducirse en sufragios á favor del mismo aplaudido, fuera menester tasar y pagar primero la menguada soberanía á razón de tantas lentejas por miserable!

Por usted brindo; por usted, que trabaja que triunfa; y que se impone sin contaminarse; por usted que va á su destino altiva y alegremente, como hacia el castillo de la mujer amada un joven caballero del medioevo, todo el radiante en la jubilosa seguridad de hallar al término del viaje la sonrisa y el premio. . . . por usted, el primer compatriota á quien ha cabido la honra insigne de levantar su voz en la Sorbona, llevando, no por mandato expreso, pero sí por virtud de tácita delegación, la plenipotencia de todo el cerebro argentino; por usted, que después de haber recorrido en el mundo lejanas tierras y en el campo doctrinario lejanas teorías —acaba de confesar, «con la ternura de un hijo á la madre cariñosa,»— son sus palabras— que siente, intenso y vivo, el amor de la República, y que allá, del otro lado de los mares, frente á las cumbres helvéticas ó ante el Arno, que «madrigaliza» crónicas de viejas gentes florentinas, ó bajo el aletazo de ese Mistral que peinó un día los penachos de la Gran Guardia, ó ante el Rhin, cuyas olas parecerían sugerir la visión inmediata de las Walkirias triunfantes,— creyó escuchar, sin embargo, como en una armonía indefinible, el eco de la patria ausente, y percibir el ritmo amigo de una de esas ingenuas vidalitas entre cuyas notas palpita toda entera, en efecto, doctor, el alma de la raza. . . . por usted, que acaba de conminarnos al trabajo en palabras severas como una bíblica exhortación; por usted, en fin, fecundo y firme, que sale de cada esfuerzo más entero y más completo, como esas corrientes de agua que bajan de la montaña, y que más brillantes reverberan bajo el sol, cuanto más peñascos han golpeado en el camino.





DE NOCHE

Las calles silenciosas,
 Parecen formidables
 Desfiladeros mudos
 Que abrieron las edades
 En su continua fuga
 Y en su correr constante.
 Tal vez de torrenteras
 Terribles, son el cauce
 Que hicieron con sus ímpetus
 Barrancos y deslaves.
 Aquí las torres muestran,
 Graníticas y graves,
 Sus rotos é invertidos
 Copones colosales.
 La luna es como un círculo
 De mármol, que gigantes
 Discóbolos, arrojan
 Y esperan tras los mares.
 Parece que han huído
 Por un delito infame,
 Con el horror del crimen,
 Los quietos habitantes.

En los oscuros quicios
 Enróscanse los canes,
 Y van á la carrera
 Los últimos carruajes,
 En opalinos globos,
 La luz agonizante,
 Parece la que vierten
 Luciérnagas gigantes.
 Los eucaliptos peina,
 Desempolvando, el aire;
 Navajas de palenque
 Sus hojas, caen, caen....
 Parece que recorro
 De olímpicas ciudades
 Salones sin techumbre:
 Las silenciosas calles.
 Simula derretirse,
 Por vívido y tremante,
 Cual níveo copo, un astro
 Mirífico y fluctuante....

ABEL C. SALAZAR.





NUEVA ANTOLOGÍA

La joven Literatura Hispano-Americana.—ANTOLOGÍA DE PROSISTAS Y POETAS, POR MANUEL UGARTE.—Paris, Librería Armand Colin, 1906.

La joven Literatura Hispano-Americana, es una «pequeña antología de prosistas y poetas,» formada por Manuel Ugarte, precedida por un interesante prólogo de éste y publicada con fines de propaganda semi-didáctica, según se desprende de la advertencia preliminar.

Las dificultades que ofrece la formación de una antología americana son tan enormes y tan especiales, que explican de sobra el fracaso de cuantos ensayos se han hecho en tal sentido de cincuenta años acá. Tenemos, en América, escasas relaciones literarias internacionales; muchos de nuestros prosistas y poetas, los mejores á veces, no publican libros; y sólo ahora comienzan la crítica y la historia á recoger, ordenar y clasificar nuestra producción intelectual, que de otro modo amenazaría perderse, como se ha perdido gran parte del trabajo de las épocas coloniales.

Hubo una vez en que el proyecto de formar la Antología poética de Hispano-América estuvo á punto de realizarse: cuando, para celebrar el cuarto centenario

del descubrimiento del Nuevo Mundo, la Academia Española lo tomó á su cargo y obtuvo de cada país, por medio de los respectivos gobiernos, todos los datos y producciones necesarios. Pero, Academia al fin, la Española discurrió después formar la colección solamente con los poetas muertos. La voluminosa «Antología» que al fin publicó, no merece estrictamente tal nombre: es más bien una colección de estudios, siempre interesantes y muchas veces definitivos, de Menéndez Pelayo, sobre la poesía de las épocas coloniales y del período romántico en la América española, ilustrados con bastantes ejemplos de gran valor histórico y algunos (los versos de Bello, la Avellaneda, Heredia, Olmedo, Batres Montúfar, Andrade) de verdadero valor artístico.

La Antología hispano-americana, por lo tanto, está todavía por hacer. La de Ugarte es la primera en que se reúnen versos y prosa de los escritores jóvenes de toda nuestra América, y necesariamente había de adolecer de graves defectos. Dadas las dificultades que he apuntado antes, muchas deficiencias se pueden y se deben perdonar en un trabajo de este género. En este caso, sin embargo, encuentro algunas

injustificables, tanto más cuanto que el volumen que presenta Ugarte ha de circular en Europa, donde no se tomarán en cuenta las dificultades aludidas.

Figura aquí, desde luego, una buena falange de los poetas más excelsos ó más conocidos: Rubén Darío, Lugones, Leopoldo Díaz, Chocano, Nervo, Urbina, Tablada, Magallanes Moure, Santiago Argüello, Racamonde, Carlos Ortiz, Díaz Romero, Fiallo, Pichardo; y un grupo numeroso de prosistas, fuertes de pensamiento los unos, elegantes estilistas los otros: Rodó, Ingegnieros, Bunge, Díaz Rodríguez, Gil Fortoul, Urueta, José León Pagano, Américo Lugo, Angel Estrada, Gómez Carrillo, Darío Herrera, Pérez Petit, Fernández García, Tulio Cestero, Emilio Rodríguez Mendoza.

La colección se limita á escritores vivos menores de cuarenta años. Por esto, sin duda, faltan en ella muchos notables que pertenecen al actual movimiento literario: Gutiérrez Nájera, Martí, Casal, José Asunción Silva, Juana Borrero, entre los muertos: Díaz Mirón, *Almafuerte*, Sanin Cano, Valenzuela, Gavidia, Facio, entre los vivos, á pesar de que figuran muertos recientes, como Pimentel Coronel, Isaías Gamboa y Miguel Eduardo Pardo, y vivos mayores de cuarenta años, como Pedro Pablo Figueroa y Diego Fernández Espiro.

Declara Ugarte que pensó alguna vez reducir la «Antología» á una veintena de nombres culminantes. En la más escogida veintena de nombres de la juventud hispano-americana, ¿pueden faltar los de César Zumeta y Guillermo Valencia? Pues faltan en el centenar y más de nombres incluidos en el volumen.

Los que faltan son legión y los que sobran no son pocos. Las omisiones suelen ser de países enteros: Bolivia, cuyo admirable Ricardo Jaimes Freire, no puede ser desconocido para Ugarte, puesto que vive

y trabaja en la patria de éste; Honduras, cuyo Froilán Turcios es conocidísimo; Ecuador (¡la patria de Olmedo y de Montalvo, huérfana de talento literario!); Puerto Rico, Panamá y Paraguay, que tampoco son desiertos intelectuales.

País tan literario como Colombia figura con sólo cuatro escritores: Darío Herrera, que es panameño; Pimentel Coronel, que era venezolano; López Penha, colombiano *por naturalización*, y Justo Pastor Ríos, principiante ó cosa así. Ni Guillermo Valencia, ni Julio Flores, ni Arciniegas, ni Max Grillo, ni ningún otro poeta ó prosista del nutrido grupo juvenil de Colombia están incluidos. Vargas Vila, en cambio, aparece en el grupo de Venezuela, lo mismo que el dominicano Fiallo.

México figura con un buen grupo, aunque corto, de representativos: y sin embargo, ¿cómo sucede que Ugarte, que ha visitado este país, y lee la «Revista Moderna» y otros de sus periódicos, ha olvidado á Balbino Dávalos, á Efrén Rebolledo, á Oláguibel, y no ha escogido, entre los jóvenes «del último barco,» sino á Angel Zárraga?

La Argentina, el Uruguay y Chile, probablemente los países que mejor conoce Ugarte, están representados por grupos bastante numerosos, pero no siempre por autores ó trabajos bien escogidos. ¿Por qué dos personalidades como Ingegnieros y Pagano, figuran con sendas producciones de interés relativamente escaso, cuando el primero tiene magníficas páginas en sus estudios de psicología, y el segundo escenas interesantísimas en sus dramas, y ambos publican en Europa? ¿Por qué se ha omitido al novelista uruguayo Carlos Reyles, á quien no supongo mayor de cuarenta años?

No quiero seguir citando omisiones, que considero más justificables. A cambio de ellas, sin que se explique por qué razón,

se hace aparecer á las islas Filipinas, representadas por su heroico Rizal y por el periodista Champourcin, como parte de nuestra América. De los principiantes que sobran, no creo necesario mencionar los nombres. Cualquier lector de la «Antología» puede señalarlos, aunque, á la verdad, corre el riesgo de tomar por tales á algunos escritores de valía que aparecen representados por trabajos insignificantes.

He querido señalar las deficiencias que me parece pudieron haberse evitado —teniendo en cuenta que Ugarte reside en Europa y que, seguramente, no es de la especie de los «ratones de biblioteca» que viven coleccionando libros, periódicos y datos,— porque creo que no debe acogerse esta «Antología» con la misma indiferencia que cae sobre las otras muchas que con fines comerciales publican las casas editoras europeas.

En realidad, esta ofrece —por lo menos para el lector asiduo de literatura hispano-americana— poco de interesante y poco de nuevo: algunos de los pasajes más significativos y de las poesías más conocidas de nuestros jóvenes, y algún fragmento tan sugestivo como la escena del drama «La Gringa,» del argentino Florencio Sánchez; pero nos presenta un prólogo de Ugarte que es un estudio muy valioso del desarrollo intelectual de la América española. No conozco otro trabajo en que el asunto esté tratado de manera tan rápida y á la vez tan comprensiva, tan sintética y á la vez tan completa. En muchas de sus observaciones y cada análisis de los fenómenos políticos é intelectuales, llega Ugarte á una conclusión justa, perfectamente sociológica, por decirlo así, á pesar de que los temas que estudia han sido fuente de confusiones y errores tantos y tan grandes para europeos y americanos.

Citaré, como ejemplo, los párrafos en que define las características de nuestra

literatura americana actual (las características, agregaré, en los mejores):

«Un estilo conceptuoso y ágil, que, sin dejar de ser moderno y caprichoso, encuentra medio de ser castizo y acompasado y que parece un llano de Castilla rejuvenecido por las flores de París; un idioma que sólo conserva de Cervantes lo que Flaubert permite; una sabia elasticidad de forma que se ajusta á todas las situaciones y serpentea reposadamente con el ritmo de lo equilibrado y de lo estable; una libertad de giros y de vocabulario que se enriquece todos los días sin romper con los principios esenciales de la gramática, pero sin dejarse tiranizar por ella: tal es una de las características, la principal quizá, de nuestra literatura reciente.»

«La segunda característica es la preocupación por las cuestiones sociales.»

«La tercera es el culto de los grandes autores, substituido á la admiración por los incompletos y los frustrados.»

«La cuarta es la tendencia á utilizar como elemento de arte *européo* los asuntos nacionales.»

«Estas cuatro características —perfeccionamiento de estilo, interés por las luchas sociales, orientación hacia la literatura normal, y regionalismo inteligente— bastan para definir un movimiento y crear un gran grupo con fisonomía propia.»

Termina Ugarte su estudio expresando su esperanza de una gran literatura hispano-americana del porvenir. «La obra concluida no es más que un escalón para ver más lejos y ensanchar las proporciones de la siguiente. Mientras no hayamos conquistado á nuestros países su puesto en la literatura universal, mientras no hayamos dado á nuestra región su título y sus insignias de creadora de belleza reconocida por todos, mientras no hayamos impuesto en Europa, con una modalidad nueva, un nombre luminoso, estará todo

por hacer.» Con esto deja indicados muchos problemas, de los cuales depende la realización de ese porvenir. No sólo existen los de la individualidad, necesitada de esa «gimnasia de la voluntad» que también menciona Ugarte, sino los colectivos: ante todo, el de unificar el esfuerzo de los intelectuales para influir socialmente, crearse, educándolo, un público, y enseñar á nuestras sociedades á sostener, *pagándolo*, el arte.

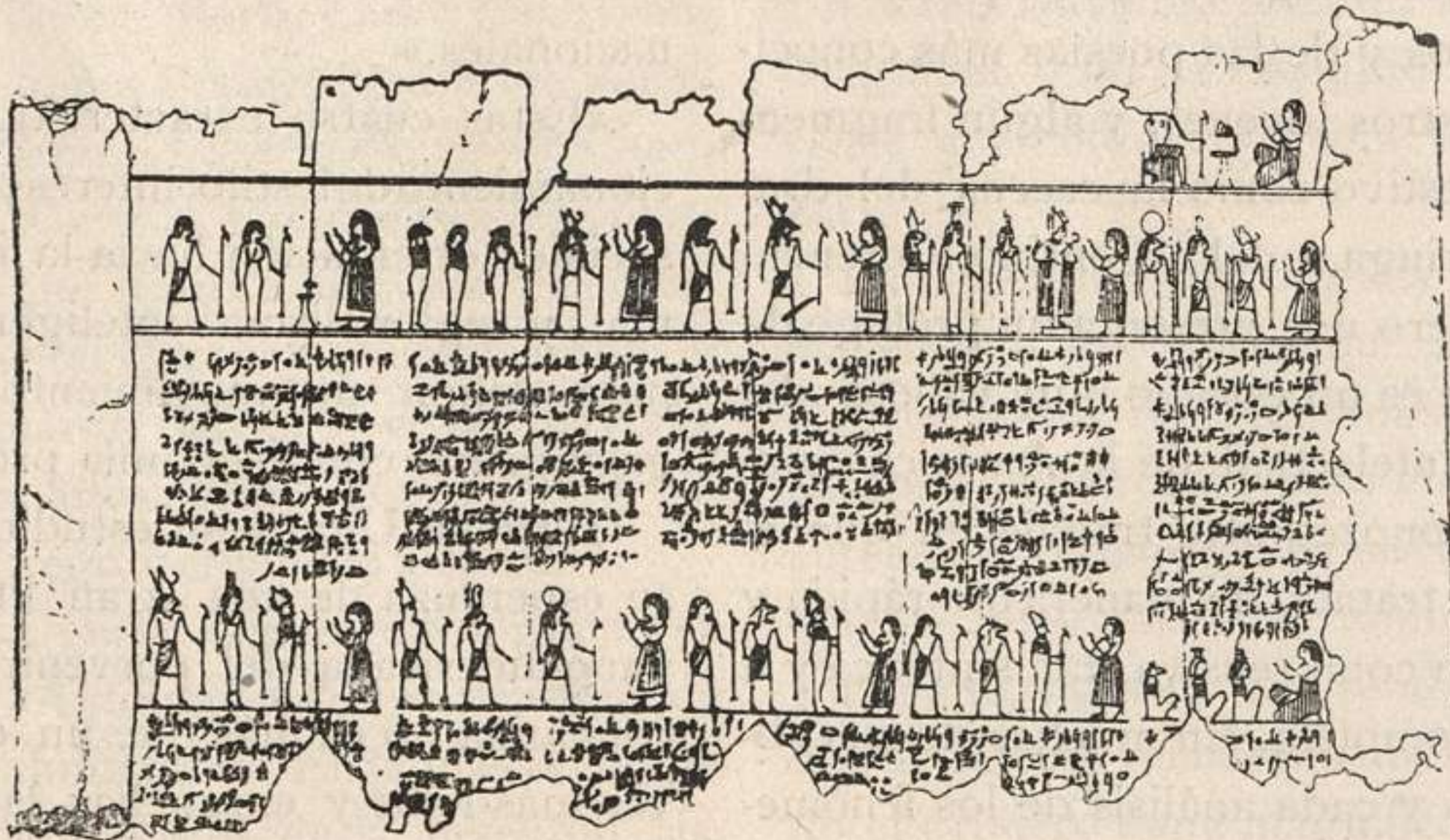
Mientras el arte no tenga entre nosotros base de apoyo social, no podrá desarrollarse plenamente. ¿Y á quién, si no á los intelectuales, corresponde trabajar por formar esa base?

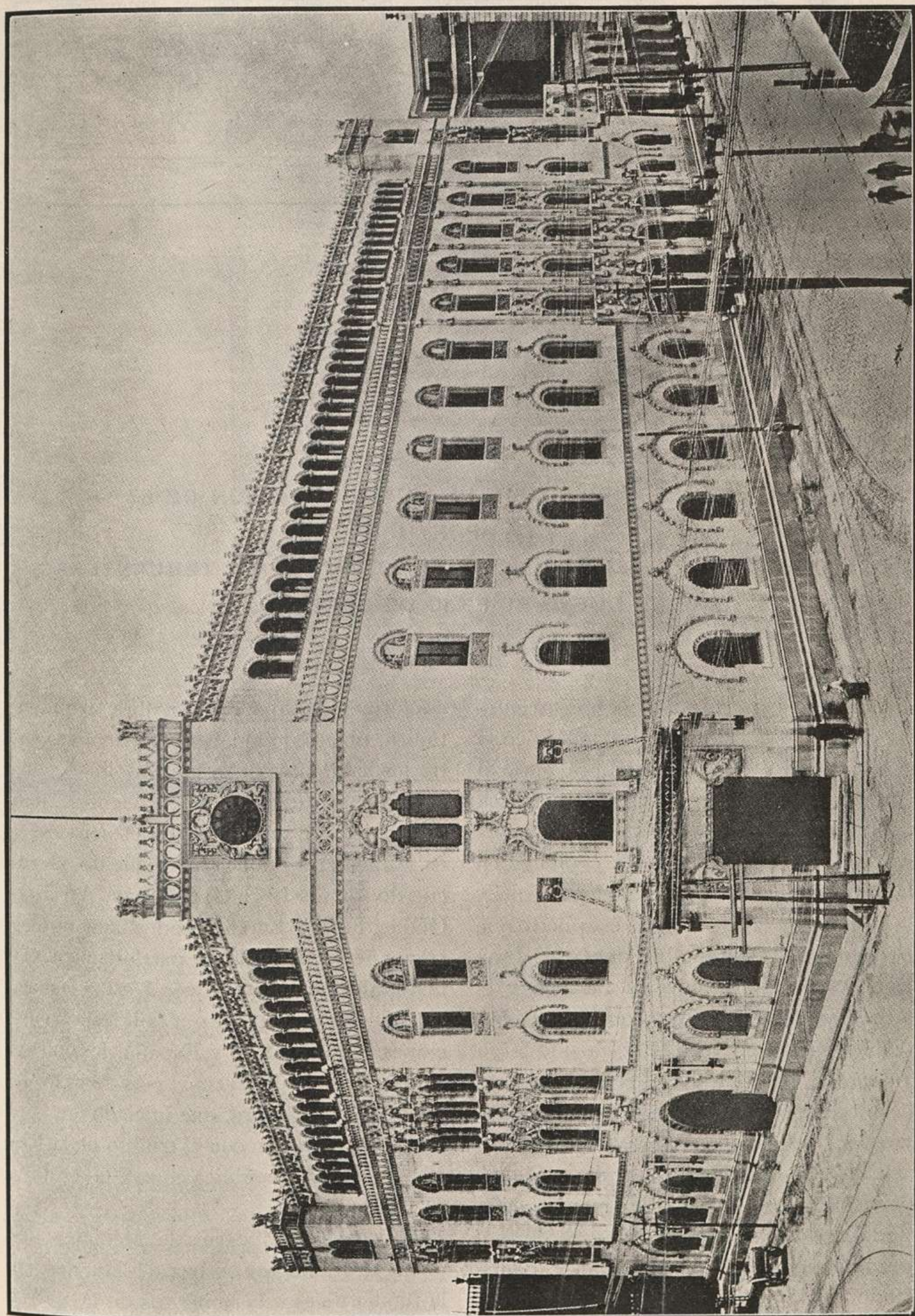
Creo, pues, que por ahora el problema

es el desarrollo del espíritu colectivo por los intelectuales. Buena prueba de que falta este espíritu es la declaración que hace Ugarte, al mencionar las dificultades que encontró para formar esta «Antología:» «No todos los escritores solicitados por nuestra circular han respondido como hubiéramos deseado.»

Pero no desesperemos. Confiemos en que la necesidad, el propio interés, el deseo de hacer algo socialmente importante, impulsen al fin á nuestros escritores á vencer la tendencia que llama la Pardo Bazán «seudo-individualismo anárquico,» y á ampliar, con su esfuerzo, la esfera de acción, todavía limitadísima, en que se mueve la joven literatura hispano-americana.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.





Nuevo edificio de Correos en México.



EL ÚLTIMO ANIVERSARIO DE LA CONSTITUCIÓN DE 57 Y LA APERTURA

DEL TRÁFICO ENTRE EL PACÍFICO Y EL ATLÁNTICO EN TEHUANTEPEC. EL NUEVO EDIFICIO DE CORREOS.

Pocos días antes de cumplir media centuria de la Constitución Política de México, el señor Presidente de la República, abrió al comercio del mundo la vía interoceánica de Tehuantepec. Puede decirse, en general, que los acontecimientos capitales en la vida del país, son: la Independencia, la Reforma y la apertura de ese puerto que el empeño inquebrantable del Gral. Díaz ha logrado tender entre el Pacífico y el Atlántico, al comercio universal. La obra del gobierno del Gral. Díaz ha sido larga y fecunda, pero sin duda, el florón por excelencia de ella es la construcción del Ferrocarril del Istmo.

Entre las festividades del día 5 de los corrientes, se contaba la inauguración de la nueva casa de correos de México, pero una indisposición del Primer Magistrado de la República, hizo transferirla para más tarde. Hoy publicamos el Edificio de Correos, para que nuestros lecto-

res formen juicio sobre esa obra arquitectónica, objeto de aplausos y censuras entre los habitantes de la metrópoli.

Los constituyentes supervivientes, han sido objeto de grandes manifestaciones, y en la memoria pública ha renacido el recuerdo de los León G. Guzmán, Arriaga, Gómez Farías, Zarco y todos sus nobles compañeros, ejemplo de patriotismo en la historia del mundo. Al ver á estas fechas, las dificultades creadas por la iglesia en naciones como Francia y España, los mexicanos del siglo XX vemos más de bulto la magnitud de la obra, que iniciada en 57, realizó Juárez al fin con el triunfo de la Reforma y de la República contra la tentativa imperial.

La «Revista Moderna de México,» deposita devotamente su haz de laureles en la tumba de esos beneméritos de la patria y felicita al Gobierno por la magna obra del Ferrocarril del Istmo.



CARLOS AMÉZAGA,

ha muerto en Lima, Perú, donde dirigía una Revista Ilustrada, intitulada «Prisma.» En México, su fallecimiento ha sido lamentado hondamente, y por muchos, pues Amézaga nos visitó en toda la fuerza de su juventud, manifestándose muy encariñado con la belleza del país, y sus habitantes. Posteriormente escribió un libro de Escritores y Poetas Mexicanos. Viajó por varios países de América, y por fin, había fijado su residencia en su tierra natal, donde le ha sorprendido la muerte prematu-

ramente, puede decirse, pues Amézaga era relativamente joven. La literatura Hispano-americana ha sufrido una lamentable pérdida con su desaparición. El Perú no olvidará á su noble poeta, y en México no desaparecera fácilmente su recuerdo como poeta y como hombre, porque sus verdaderos amigos aquí fueron legión, y hoy, en esos numerosos corazones, se refugia su recuerdo como un *Sancta Sanctorum*, y cada uno de ellos es un templo á su memoria.

LA REVISTA MODERNA DE MEXICO,

tiene la honra de publicar en su presente edición, una agua fuerte de Ricardo Baroja, y un artículo de nuestro compañero Angel Zárraga, relativo al artista. Estamos profundamente agradecidos al señor Baroja, así como al insigne Don Miguel de Unamuno, Rector de la Universidad de Salamanca, que nos ha enviado el artículo que publicamos en nuestro número de hoy y la carta que también damos á conocer autógrafa á nuestros lectores. La labor literaria del señor de Unamuno, es de las más interesantes en la España ac-

tual, y la «Revista» ha procurado siempre darla á conocer á sus favorecedores, con la mayor amplitud. Además, el del señor de Unamuno, es uno de los espíritus más abiertos y francos de los escritores hispanos. Ha sabido reunir al conocimiento y respeto por el pasado, la videncia más honda y clara de lo porvenir, acatando el ayer con la vista fija en el mañana. Es Unamuno, en la actualidad, una de las plumas mejor cortadas de la patria de Lope y de Granada.

JOSE PEON Y CONTRERAS

El 18 del corriente, falleció en esta ciudad el Dr. José Peón y Contreras, víctima de penosa enfermedad.

Fué Peón y Contreras un literato de talento y un poeta de mérito, y su profesión no impidió que cultivara las letras con éxito. El drama mereció sus preferencias, habiéndose representado en varios teatros de la República, con general agrado, la mayor parte de sus obras. Citaremos entre otras: «Hasta el cielo,» «El sacrificio de la vida,»

«La Hija del Rey,» «Por el joyel del sombrero,» etc., etc.

Su oda á Hernán Cortés, le valió el primer premio de un concurso que se abrió en la Habana, y con sus «Trovas Colombinas,» obtuvo el del concurso del centenario de Cristóbal Colón, organizado en la capital española.

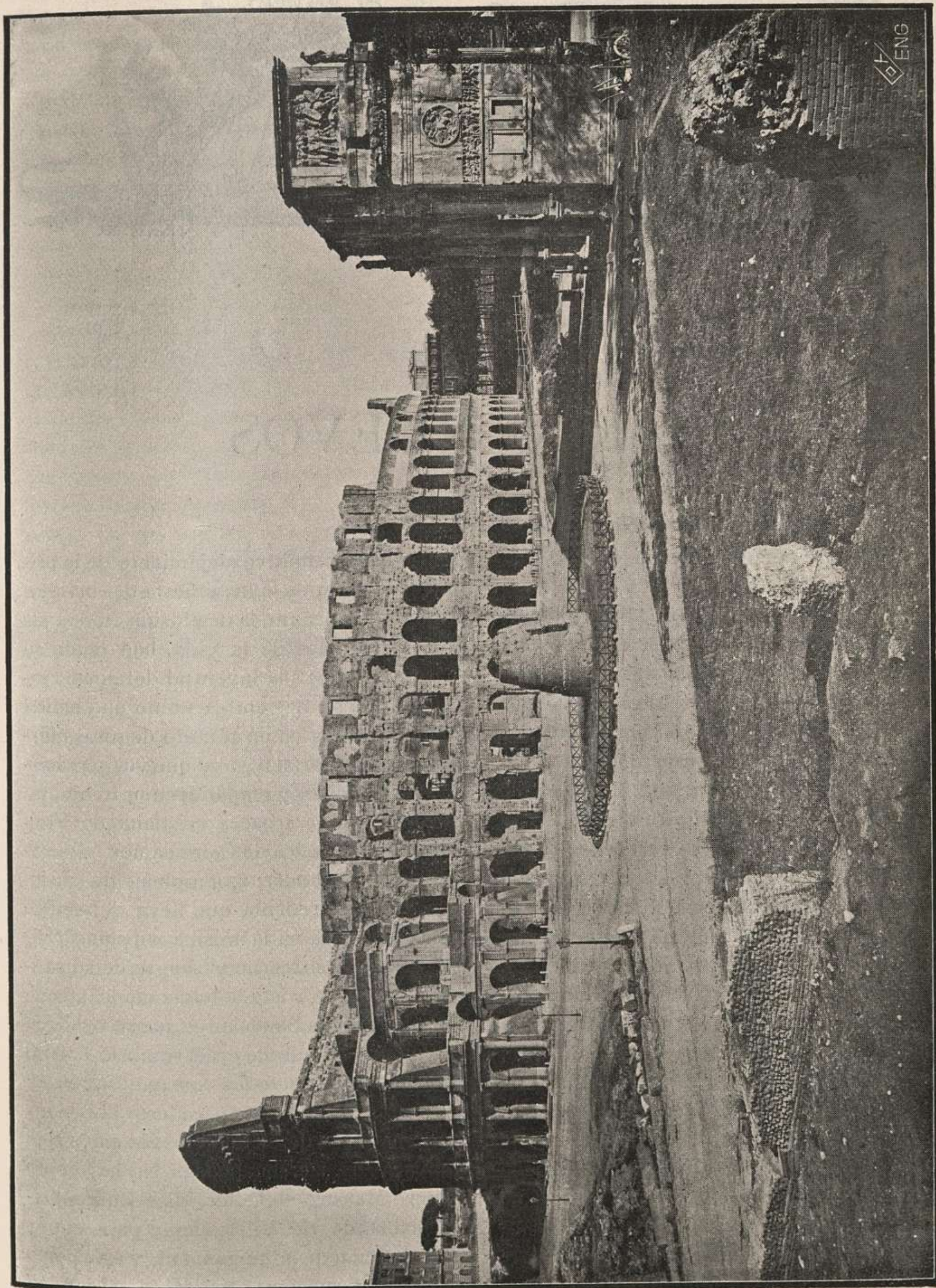
Actualmente desempeñaba el cargo de Senador por el Estado de Nuevo León.

Descanse en paz.

MAX HENRIQUEZ UREÑA

Hemos tenido el gusto de saludar á este escritor, que hace unos cuantos días se encuentra entre nosotros, y el cual nos era ya conocido por los interesantes trabajos que

publicó en la prensa de la Habana, de donde viene ahora. Deseamos una grata permanencia en esta ciudad al joven literato dominicano.



Roma antigua.



LIBROS NUEVOS

Tristitiæ rerum. (La tristeza de las cosas).—POESÍAS DE FRANCISCO VILLAESPESA.—Madrid, 1906. Con un suspiro de alivio, doblamos la última hoja de este libro de versos. Todo él es una inmensa elegía amarga, que se queja del dolor de la vida en el seno de la Naturaleza indiferente. La tristeza de las cosas, como buscada á *outrance* y siempre encontrada sin aparente esfuerzo, se corresponde y se completa con la infinita tristeza que se escapa del alma del poeta —un alma que parece sacudida por todos los infortunios sublunares,— sólo vibrante al golpe del dolor. No se ve aquí esa melancolía pulida, cortesana, artificiosa, que se asombra las ojeras con antimonio, y en cuyo semblante riela tenue, el fulgor de una sonrisa que no muere completamente; no la conmoción interna que sobre las ruinas de ayer, se apresta á levantar el palacio de las ilusiones de mañana; no el paisaje otoñal, calentado por un rayo postrero de sol, á cuyo través las amarillas hojas que ruedan fingen mariposas de oro trastabillantes. En estas páginas corre un frío soplo de invierno, un soplo prolongado y persistente que arranca hasta la última hoja del árbol, que seca hasta la última gota de la savia; un invierno destructor y cruel que hace

pensar en el definitivo alejamiento de la primavera, gloria de la luz y fiesta del mundo. Aquí el desencanto, la desilusión, todos los gestos dolorosos de la vida, han tejido su máscara trágica á la juventud del poeta; juventud que se nos antoja como una pálida Ofelia, yacente en un túmulo de rosas marchitas; y esa mortal tristeza que vuelve exangües sus mejillas y empalidece su frente, no es, creemos, la tristeza cristiana de Fray Luis, ó la filosófica de Campoamor, ó la romántica de Becquer; es simplemente la tristeza, la tara irredenta que lleva el hombre como esculpida en la misma substancia vital, carne de su carne y sangre de su sangre; esto es, la tristeza humana, la misma que blasfema en Baudelaire, que se queja en Verlaine, que crascita en el sombrío cuervo de Poe. Por eso todos los que sufren, y ¡son tantos! encontrarán en este libro, un eco armonioso de sus dolores, la clave que traduzca sus secretas penas. No hay como nuestro Maestro el Dolor, dice Rubén Darío hablando de Villaespesa, para entrar en el corazón de la humanidad, y este poeta realiza la afirmación á maravilla. También agrega Darío, que Villaespesa ha sufrido mucho. Sea glorioso el sufrimiento que tan noblemente se exterioriza en este libro.

Nosotros, que nos consolamos de la agudeza de la espina con el perfume de la rosa, hemos doblado su última hoja con un suspiro de alivio, lo que no obsta para que, reconociendo en el dolor una aristocracia, conengamos en que Villaespesa tenga un asiento en los escaños de su realeza, con un manto de armiño sobre los hombros.

*
* *

Enrique Diez Canedo.—Versos de las Horas.—Madrid, 1906.—Pasa la ronda de las Horas, proyectando en este libro sombras gentiles y armoniosas; como aquellas, corren los versos variadamente en pintoresco desfile de sensaciones, llevando el reflejo de una sonrisa, el relámpago de un deseo, el gesto de una melancolía que apenas ensombrece la frente. Es su Invocación, un anhelo de vivir la vida con todas las alegrías y las penas que lleva consigo, de sentirla profundamente, para colmar así el ansia de perfección y de duración que domina al artista serio; y en la Fuente de la Prosperidad (Escorial) encontró motivo para cantar el más hermoso canto panteísta que se haya escrito en español, por la amplitud de la síntesis y el desmesurado deseo con que tiende el sér á incorporar su esencia en el Gran Todo

No seguimos haciendo el elogio de este libro; se volvería interminable esta nota, que tiene, á nuestro pesar, que ser breve; en cambio, creemos que su autor verá con complacencia las reproducciones que de sus versos haremos poco á poco en esta Revista y nuestros lectores nos agradecerán les demos á conocer á los novísimos poetas españoles, cuyas alas, libres ya de los pesados plomos de la tradición, se elevan con tan gallardos arranques por el infinito cielo del arte.

Rufino Blanco-Fombona.—El Hombre de Hierro.—Caracas, MCMVII.—Nosotros sólo conocíamos á Blanco Fombona, como poeta; nos atraía su estilo jugoso y vibrante como un manojo de ner-

vios; estilo que reconocíamos en tal cual impresión, en tal cual artículo que de vez en cuando leíamos en periódicos y revistas sudamericanas, antes de conocer la firma que los calzara. Así, ha sido una sorpresa encontrarnos con su, para nosotros, primer libro de prosa, pues de sus Cuentos Americanos, que han merecido los honores de ser traducidos al francés, sólo hemos visto los diversos juicios que merecieron á la mayor parte de la prensa parisiense, y que Fombona reproduce en las últimas hojas del libro que motiva estas líneas.

Sorpresa, repetimos, y muy agradable por cierto, nos ha causado la lectura del *Hombre de Hierro*. Los poetas, salvo raras excepciones, como que se sienten desconcertados cuando descienden de su Clavileño á la corteza de la tierra; el deslumbramiento de sus cielos familiares, como que les impide encararse con las crudezas de la vida, y habituados á la regla precisa de la forma rítmica, deslucen el amplio manto de la prosa, que frecuentemente pierde sobre sus hombros, la euritmia de sus pliegues armoniosos.

Blanco-Fombona ha salido victorioso de la prueba. Su libro entra por entero en los grandes cánones que rigen la forma de la novela moderna, responde bien á las tendencias de los que buscan en el libro, á través de los espejismos de la frase y fuera del interés del romance que agarra únicamente á la curiosidad, un diagnóstico siquiera de las diversas enfermedades que aquejan al grupo humano, una brecha por donde se puedan entrever las causas que han originado los problemas sociológicos que tanto preocupan actualmente á los pueblos hispano-americanos.

Crispín Luz, el hombre de hierro, lleva este calificativo como un irónico sambenito de su triste destino. De hierro, sí, como una rueda de máquina, para funcionar diariamente en la casa comercial de Perrin y Comp.; de hierro, para resistir las doce horas diurnas, sobre la contabilidad de la negociación, que poco á poco destruía la voluntad en su espíritu y la vida en sus pul-

mones; pero de trapo para todo lo demás. Su madre lo expolia, sus hermanos lo burlean, su mujer lo engaña, hasta que la Tisis, menos cruel que todos ellos, lo ahoga, ayudada por el *religiosismo estrecho y carnice-ro* de un capuchino brutal.

Tal es, á grandes rasgos, este Hombre de Hierro con articulaciones de azúcar, que se desmorona ante la indiferencia de los suyos, víctima de un mal que no es endémico de Caracas, sino de lejanas fronteras. Aquí en México nos codeamos en todas partes con Crispín Luz. La ingénita indolencia del criollo, prefiere el sueldo fijo que le permite subvenir más ó menos á sus necesidades, á afrontar los azares de la vida, á ejercitar su voluntad en todas las actividades que ofrece, y deja, fatalmente, que esa nueva forma de esclavitud, constituida ahora por el ergástulo del almacenista y del quinca-llero, gaste su iniciativa individual, borre sus ideas propias, y le prepare, cuando llega la enfermedad ó la vejez se avecina, el lecho de un hospital, ó el melancólico jardín de un hospicio.

Blanco Fombona merece de la crítica generosos estímulos para la mejor realización de su obra. Nosotros lo vemos al lado de Díaz Rodríguez, encabezando ese grupo de robustos talentos que son una esperanza para la América. Gracias á ellos y á los esfuerzos de otros que no es preciso nombrar, comienzan los europeos á creer en nuestra literatura; mañana podremos esperar que tenga un valor efectivo en el conjunto del pensamiento universal.

*
*
*

Manuel Ugarte.—*La Joven Literatura Hispano-Americana.*—ANTOLOGÍA DE PROSISTAS Y POETAS.—París, 1906.—«La Revista Moderna» publica en este mismo número, un artículo especial consagrado al libro de Ugarte. Nosotros lo registramos sólo en estas notas, para enviar un aplauso cordial al laborioso escritor y decirle cuánto nos ha entusiasmado su uti-

lísimo trabajo. En su clase, es lo primero que conocemos, y huelga manifestar la importancia que para los literatos tiene el prefacio de esta Antología, que es una exposición clara, precisa y bien orientada, de la historia de las letras en la América española, desde la conquista hasta nuestros días; lástima que no todas las personas solicitadas por Ugarte hayan correspondido su invitación; por esta causa, ó por la imposibilidad en que aquél se encontró para ponerse en contacto con todos, vemos que el lote artístico aportado por la república mexicana, es bien exiguo, y librenos Dios de repugnar la cantidad, cuando la riqueza es tanta (Díaz Mirón, Urbina, Nervo), sino que, excepción hecha de Zárraga, residente en Europa, no hemos encontrado allí á ninguno de los novísimos, dignos por sus entusiasmos y sus gallardías de figurar honrosamente en dicha Antología.

Hecha esta observación á guisa de protesta amistosa, únicamente, enviamos al querido amigo Manuel Ugarte, nuestros plácemes por este libro, que contribuirá á estrechar las relaciones y á unificar los ideales de estos países de habla española.

*
*
*

Antonio de Hoyos y Vinent.—*Fri-
volidad.*—Madrid, 1905.—Una novela de costumbres de la aristocracia madrileña. Su autor nos dice en su prólogo que, en su concepto, fuera de «Pequeñeces,» del P. Coloma, no se ha escrito un libro de costumbres aristocráticas en España. Es candoroso que nosotros externemos opinión de un mundo que no conocemos, y como el título del libro es su argumento, nos limitamos á distraernos con la suave música de su prosa, á veces sutil y refinada, frecuentemente poética, y siempre tersa y cuidada.

*
*
*

Mors in Vita.—Madrid, del mismo escritor.—Otro libro también de aristocracias

y frivolidades, pero en el cual se nota un sensible adelanto. La mano del autor es más firme; el pulso está más hecho; los personajes tienen mejor relieve; y el ensayo psicológico refleja á menudo en la linfa del estilo, fugitivos resplandores. La edición luce una sugestiva portada de D. José R. Acosta. Damos las gracias al joven escritor por ambos envíos.

* * *

Alberto Ghiraldo.—Carne Doliente.—Buenos Aires.—Carne doliente, sí, que muestra á través de la blusa del obrero, las rojas placas de la sangre. Este es el color favorito de Ghiraldo; tiene la obsesión de lo rojo, y en todas las escenas del libro predomina un sangriento resplandor como nuncio de una aurora por venir. Enemigo de las tintas medias y los tonos desvaídos, su pluma tiene toques de agua fuerte y aristas de cincel para grabar en el ánimo los varios aspectos del sufrimiento; y ese generoso entusiasmo que pone en la causa de los desheredados, compensa la tortura que despierta el desfile de todos sus cuadros truculentos, en donde á toda costa se persigue la nota trágica.

* * *

Salvador García Torres.—Flores de Amor.—Paris.—México, 1907.—Por respeto á nuestros lectores y al carácter de esta Revista, pensábamos dejarnos en el tintero la impresión de este libro; pero ya que la casa de Bouret, que es la editora, no ha tenido empacho en publicarlo, presentándolo como formando parte de la *Biblioteca de poetas Americanos*, según rezan las letras doradas de la pasta, nos creemos con derecho de protestar, en nombre del arte escarnecido así con tanta avilantez, contra esa tolerancia culpable de la casa editora, que

sin consideración alguna para su público, se atreve á incorporar, conscientemente, una colección disparatada, en esa galería donde un Gutiérrez Nájera, un Othón, un Acuña, triunfan con tan altos prestigios.

Y no exageramos; juzguen nuestros lectores por lo siguiente que espigamos al azar:

—Yo conozco un poco á las mujeres—Y una noche me convencí.—En una mirada dirigida—Por usted á su amiga,—Que no le complacía sobremanera—Que mi simpatía doble fuera.

Otro:

—Se acuerda usted, allá, en el ancho patio—Cubierto de cristales, con buen fuego;—Donde íbamos en busca de sosiego—Los viajeros todos después de comer;

Más:

—Ella va al teatro del diario,—Pero á cuál va, no lo sé—Esta noche, pues hay treinta,—¿Cómo lo podría saber? . . .

Y así 370 páginas, ¡casi 400!

—¿Verdad que la imbecilidad es sólidamente cúbica?

¡Oh padre Neptuno! que permitiste se abrieran las fauces de tus abismos privándonos así de conocer la obra completa del eximio Asunción Silva, ¿por qué has dejado que esta babosa se deslice sobre tus rudas espaldas y arribe incólume á playas mexicanas? ¿Temiste, acaso, que se despoblaran de tiburones y delfines tus jardines submarinos, ó que los anfibios no tuvieran el gazzate bien calafateado para tragar alimento tan ingrato? . . . Un naufragio oportuno hubiera salvado al *Sentido Común*, no á otra cosa, de verse crucificado en la cruz infamante del lucro y la ganancia sin freno.

Suplicamos á nuestros colegas de Sud-América y España, tomen buena razón de estos renglones; los hemos escrito, sobre todo, para aquellos que reciban la visita de estas *torres*, que en lugar de apuntar al cielo como sus hermanas, forman un ángulo con la vertical mayor de 90°.

R. L.



MUERTE DEL POETA ITALIANO CARDUCCI

Servicio cablegráfico exclusivo de "El Diario," de México.

Bolonia, Febrero 16.—El gran poeta José Carducci murió á la una de la madrugada de hoy.

Entró en la agonía á las nueve de la noche del viernes. En la alcoba del enfermo se encontraba su esposa, al lado del lecho y teniendo en las suyas la mano del moribundo; el silencio de la estancia está turbado sólo por el estertor de Carducci.

Cuando iban acercándose ya los últimos momentos de la vida de Carducci, fueron llamadas su esposa y su hija, la que desolada y llorando incesantemente, murmuraba: «pobrecito, padre mío! ha trabajado mucho.» Cuando se les dijo que difícilmente pasaría la noche, hubo una escena desgarradora; habiéndose hecho fuertes hasta entonces, no pudieron más y estallaron en copiosas lágrimas. Ha perdido el conocimiento y entrado en un franco estado comatoso; tiene los labios enteramente secos, los cuales humedece constantemente la enfermera. A la media noche, y cuando el médico iba á redactar un boletín, exclamó de pronto: «Toda esperanza está perdida. Carducci había muerto.»

Los funerales se efectuarán probablemente el lunes. Todos los gastos serán pagados por la Municipalidad. El Conde de Torino representará al Rey Víctor Ma-

nuel y el gobierno italiano será representado por el Ministro de Instrucción Pública, Rava.

Roma, Febrero 16.—El Rey Víctor Manuel y la Reina Margarita, han enviado telegramas de condolencia á la viuda del gran poeta Carducci. El Rey dice que toda Italia llora la muerte del poeta de su renacimiento, el más grande de sus ciudadanos y el más notable de sus educadores. Muchas casas de comercio se cerraron.

La noticia de la muerte del poeta fué recibida en la Cámara de Diputados, en medio de un silencio profundo.

El Presidente Marco fué muy conmovido cuando se puso de pie para pronunciar un elogio; dijo que sería una tarea inútil la de buscar palabras para expresar el hondo sentimiento que sentían todos los italianos por la muerte del que había sido durante su larga vida un apóstol de la libertad, un modelo de amor ferviente de la patria. El Presidente no pudo continuar su discurso, y sollozando pidió que se levantara la sesión.

Se ha presentado un proyecto de ley, autorizando la edificación de un monumento nacional á Carducci en Roma. La Cámara ha votado 150,000 liras para ese objeto.

Roma, Febrero 17.—Siguen llegando de todas partes, á la familia, al gobierno y á las Academias y agrupaciones literarias, sentidos telegramas de condolencia por la muerte del gran Giosué Carducci.

Los periódicos de hoy, de Francia, de Alemania y de Inglaterra, vienen llenos de elogios para el desaparecido, y reina una consternación en todos los círculos literarios del mundo civilizado, como hace años no se había visto al tratarse de la muerte de un poeta de fama universal.

La prensa italiana, sin distinción de colores políticos, ha aparecido enlutada y se preparan, no solamente funerales suntuosísimos, en que tomará brillante parte el elemento oficial, sino también veladas y homenajes póstumos solemnes, no sólo en Italia, sino también en países extranjeros.

Se dice que el poeta Gabriele d'Annunzio sufrió un serio accidente al enterarse de la noticia del fallecimiento de su ilustre maestro.

Tanto la prensa francesa como la alemana, califican á Carducci de «altísimo poeta entre los altos poetas que ha producido la humanidad.»

Roma, Febrero 17.—Desde la muerte de Garibaldi, no se había visto en el reino una expresión igual de duelo, como la que se advierte con motivo de la muerte de Carducci. La consternación es general, y en todas las clases sociales no se habla sino del luctuoso acontecimiento. El Ministro de Instrucción Pública, Sig. Rava, ha ordenado telegráficamente la clausura de las escuelas, y se ha declarado que el día de los funerales se considerará como de luto nacional.

El cadáver de Carducci ha sido cubier-

to con la bandera nacional, y en las Cámaras flota la bandera á media asta. En los funerales se seguirá exactamente el mismo ceremonial que se usó en los de Alejandro Manzoni.

Florenia, Febrero 17.—Se ha decidido hacer figurar la efigie de Carducci en los bajo-relieves que decorarán el gran monumento nacional que está erigiéndose á Víctor Manuel II. Igualmente se ha decidido que los funerales sean de carácter exclusivamente civil. El poeta, según se dice, no dejó ningún testamento.

Bolonia, Febrero 17.—El cadáver del poeta, vestido con levita cruzada negra, está expuesto en el centro de la biblioteca, tendido sobre el pequeño catre en que murió. Es probable que por concesión especial otorgada por la Cámara de Diputados, el cadáver sea sepultado en la soberbia Basilica de Santa Croce.

Bolonia, Febrero 17.—Acaba de recibirse un cablegrama firmado por el Conde Cesare Ranuzzi Segni, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Italia en México, en el cual el diplomático expresa la viva condolencia de la colonia italiana en aquel país, por la muerte del gran poeta, cuya noticia se conoció en México por «El Diario.»

El mensaje vino dirigido al Diputado Malvezzi, quien fué grande amigo personal de Carducci, y tomó activa ingerencia en la compra que hace algún tiempo hizo la Reina madre Margarita, de la casa y de la biblioteca de Carducci, dejando al poeta el uso de ambas durante toda su vida.

El Diputado Malvezzi ha sido encargado de representar á la colonia italiana de México, en los funerales del poeta ilustre.



EL NUEVO MERCURIO

Con este nombre, el conocido escritor Enrique Gómez Carrillo, acaba de fundar en París una Revista quincenal, impresa en la casa editora Sopena y Compañía, de Barcelona. Consta de 120 páginas, en su mayor parte inéditas, de una literatura rica y variada.

Lamentándose Gómez Carrillo de que no hubiera en español una Revista tan completa en su género como el Mercurio de Francia, se ha esforzado en llenar este vacío con el Nuevo Mercurio, publicación verdaderamente cosmopolita y que por la respetabilidad de los nombres que tiene en su colaboración, no vacilamos en declararla la prime-

Mascarilla de Manuel José Othón, tomada en San Luis Potosí por el pintor Margarito Vela, y traída á la "Revista" por el Ing. D. Luis Emilio Lepine, en nombre de "El Estandarte."

ra de cuantas se escriben en castellano, lo mismo de España que de América.

Efectivamente, el número que tenemos á la vista, presenta notables trabajos de Unamuno, de Rubén Darío, de Jean Moreas, de Max Nordau, de Pierre Louys, de Amado Nervo, de los hermanos Margueritte, de Marinetti, etc., etc., y ya se calculará por el valer de estas firmas, la singular importancia de la publicación.

Con esto, Gómez Carrillo merece un aplauso ferviente por una labor tan alta y meritísima como la suya. Nosotros se lo enviamos estruendoso.



ERMETE NOVELLI.

Novelli se nos va. . . . Novelli se nos fué! . . . Nunca de las *almas* en México se borrará la profunda impresión que les causara ese luminoso meteoro de la escena actual, que se llama Ermete Novelli. El Director del «Mundo Ilustrado,» le obsequió con un té de artistas en el hermoso estudio de Germán Gedovius. El Señor Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, le dirigió, al concluir la agradable fiesta, frases llenas de entusiasta elocuencia, haciendo votos por el regreso de Novelli á México, á las cuales contestó el insigne artista gratamente. Novelli dijo, como él sabe hacerlo, hermosos monólogos; Urbina, López, Campos, recitaron composiciones poéticas, y Ogazón, Elorduy, Valdés Fraga, etc., hicieron alarde de sus conocimientos musicales. Aquel precioso estudio fué, en esos momentos, mágico estuche de alto arte y magos artistas. Novelli manifestó sinceramente su satisfacción de encontrar en México, un *atelier* digno de cualquier artista europeo. En ese mismo lugar estrechamos la mano del señor Franco Liberati, Secretario de Novelli.

El Conservatorio Nacional de Música dedicó, posteriormente, al actor, una solemne fiesta en el Teatro de aquel establecimiento. Le fué ofrecida en pequeña alocución, por Luis G. Urbina, y Novelli recitó un hermoso monólogo, en medio de estrepitosos aplausos. Al final, gran parte

de la concurrencia le acompañó, vitoreándole hasta su domicilio.

¿Volverá Novelli á México? Al Señor Lic. D. Justo Sierra, nada contestó á ese respecto el egregio italiano. Novelli se fué colmado de aplausos y de gloria, pero confesemos que el público de México. . . Hubo vez que oyeran á Novelli unos cuantos, mientras á la plaza de toros la llenaban á *reventar* más de doce mil concurrentes. Sin embargo, el eximio artista acabó por llenar su teatro.

Comenzó la temporada con *Papá Lebonard*, y concluyó con *Papá Lebonard*, y en ese paréntesis, ¡qué *Rey Lear!* ¡qué *Luis Onceno!* ¡qué *Otelo!* ¡qué *Hamlet!* etc., etc. En su última función recitó una poesía de Urbina, traducida al italiano por Franco Liberati, autor de *Povera Gente*, pieza también representada durante la temporada, con aplauso del público. Fué la noche que obsequió el Director del «Mundo Ilustrado» á Novelli, un feérico oasis en el pavoroso desierto de nuestra vida social é intelectual.

En los Estados Unidos, dará treinta funciones el maestro, luego regresará á Europa. ¿Volverá á México? Probablemente nó.

Ver un gran artista aquí, es la conquista de toda una vida. Que cuando menos, no olvide este pequeño rincón del mundo.

IN MEMORIAM

El día 3 de Febrero cumplió 12 años de muerto el poeta Manuel Gutiérrez Nájera, Duque Job. Sus funerales fueron la característica de lo que México lamentó su pérdida. Hombres de ciencia, de letras, de negocios, de política, sin que faltara representación popular, siguieron el ataúd del malogrado artista, siendo presididos por el señor Lic. D. José Ives Limantour, Secretario de Estado y del Despacho de Hacienda y Crédito Público, unido al gran poeta por cariñosa amistad. Hoy el país

va acumulando, poco á poco, los fondos necesarios para dedicarle un artístico monumento en mármol blanco, símbolo de su pureza como artista y de la blancura de su alma como hombre. Cuando cristalice ese sueño de los *labriegos* que lo iniciaron, México, todo de gala, transportará á sus pies las flores de sus jardines. Todos los que escriben en este periódico, llevaron ese día al ojal una gardenia, la bella condecoración que el poeta ostentaba siempre con tan ingenua como honda alegría.

ERECCION DE UNA ESTATUA AL "DUQUE JOB"

Lista de la subscripción abierta por la "Revista Moderna de México," hasta el día 31 de Enero de 1907.

Suma anterior \$	3,226 77	Del frente \$	3,307 77
Exmo. Sr. D. Miguel Covarrubias	20 00	Beneficencia, conforme á la siguiente lista:	
Reunido en Campeche por los Sres. M. Lavallo Covián y S. Martínez Alomía	61 00	Sr. Ministro Plenipotenciario de México \$	18 00
Enviado por el Cónsul general de México en la Habana, reunido por el Lic. Carlos García Peñalver, Secretario de la Sociedad Mexicana de		Evaristo Rebollar	10 00
		Miguel J. Márquez	8 00
		Francisco Valverde	5 00
		José M. Crespo	2 00
		Carlos García Peñalver	9 00
		Cónsul General de México	10 00
Al frente \$	3,307 77	Total \$	3,369 77

dio —grita, blasfema, destruye y mata; el dolor se mata con sangre, y ya que no puedes satisfacer tu amor, conserva tu cólera, ella te sostendrá.

Matho tomó el mando de sus soldados, haciéndolos maniobrar sin descanso, y éstos le respetaban por su valor y, sobre todo, por su fuerza; además, inspiraba una especie de terror místico, pues se creía que por la noche hablaba con fantasmas. Los otros capitanes se animaron con su ejemplo, y el ejército pronto adquirió severa disciplina; los cartagineses oían desde sus casas los toques de mando y atención; al cabo los bárbaros se acercaron.

Para aplastarlos en el istmo, hubiese sido preciso que dos ejércitos los acometieran á un tiempo por el golfo de Utica y por la montaña de las Aguas Ardientes; pero, ¿cómo hacerlo con sólo la Legión sagrada, fuerte de seis mil hombres á lo sumo?

Si se inclinaban hacia Oriente, se juntarían á los nómadas é interceptarían el Camino de Cyrene y el comercio del desierto; si se replegaban al Occidente, sublevábase la Numidia. Entretanto, la falta de víveres les hacía desvastar las campiñas como una nube de langostas, y los ricos temblaban por sus hermosas quintas, por sus viñas, por sus cultivos.

Hannon propuso medidas atroces é impracticables, tales como prometer grandes sumas por cada cabeza de bárbaro, ó que por medio de buques y máquinas se incendiara su campamento.

Fuera de las fortificaciones habitaba una raza de desconocido origen, compuesta de cazadores de jabalíes y que se alimentaba con moluscos y serpientes. Iban á las cavernas á coger hienas vivas que hacían correr por la noche en las arenas de Megara, entre las pétreas agujas de las tumbas; sus cabañas de barro estaban pegadas al acantilado como nidos de golondrinas; vivían sin gobierno y sin dioses, entremezclados, completamente desnudos, á un tiempo débiles y feroces, y execrados por el pueblo á causa de su alimentación inmunda. Un día advirtieron los centinelas que todos habían partido.

Por fin se decidieron los miembros del Gran Consejo, presentándose en el campamento sin collares ni cinturones y con sandalias descubiertas, como vecinos. Avanzaban con calma, saludando á los capitanes, deteniéndose á conversar con los soldados para decirles que todo había acabado y que se atenderían sus reclamaciones.

Muchos no habían visto nunca un campamento de mercenarios, y en vez de la confusión que se imaginaban, reinaba por doquiera un orden y un silencio aterradores.

Una alta trinchera de tierra recubierta de musgo encerraba al ejército como dentro de una muralla, inmovible al choque de las catapultas; el piso de las calles estaba recién regado; por las aberturas de las tiendas relucían las amarillentas pupilas de los soldados; los haces de picas y las manoplias deslumbraban como espejos á los cartagineses que marchaban hablando en voz baja y que iban como si temieran derribar algún objeto con sus largos mantos.

Los soldados pidieron víveres, diciendo que los pagarían con el dinero que les adeudaban.

Se les enviaron bueyes, carneros, pintadas, frutas secas, carnes saladas, pero rechazaban desdeñosamente los mejores manjares, denigraban lo que se les ofrecía y querían pagar las cabras al precio de los pichones y las aves al mismo costo de la fruta; los comedores de cosas inmundas ejercían de árbitros y afirmaban que se les engañaba. Entonces tiraban de sus espadas y amenazaban matar.

Los comisarios del Gran Consejo escribieron el número de años que se debía á cada soldado, pero fué imposible saber á punto fijo cuántos mercenarios tenían derecho á ser pagados, y los Antiguos se asustaron ante lo exorbitante de la suma que deberían abonar. Sería preciso vender la reserva de Silphio, sobrecargar de tributos las colonias. Los mer-

cenarios se impacientaban y Túnez los apoyaba. Entonces los ricos, aturdidos por el furor de Hannon y los reproches de su colega, recomendaron á los ciudadanos que conocían á los bárbaros, fueran á visitarlos, con la esperanza de calmar su cólera de esta manera.

Comerciantes, escribas, obreros del arenal y familias enteras fueron al campamento, y por su parte, los soldados dejaban entrar en él á cuantos lo querían, pero por un lugar tan estrecho, que no podían pasar cuatro hombres de frente. Spendio, de pie junto á la barrera, les hacía registrar con cuidado, y Matho, frente á él, examinaba aquella muchedumbre, tratando de encontrarse con alguno á quien hubiese visto en el palacio de Salammbo.

El campamento parecía una ciudad, según la agitación y la multitud que en él se advertía. Las dos muchedumbres distintas se mezclaban sin confundirse; una vestida de tela ó de lana con casquetes de fieltro en forma de piñas, y la otra, cubierta de hierro y con cascos. Entre los esclavos y los vendedores ambulantes, paseaban mujeres de todas las razas, morenas como dátiles maduros, verduzcas como aceitunas, amarillas como las naranjas, vendidas por los marineros, escogidas en los lupanares, robadas á las caravanas, cogidas en los asaltos de las ciudades, á quienes se hartaba de amor mientras eran jóvenes y de palos cuando viejas, y que después de una derrota perecían á lo largo de los caminos entre los bagajes junto á las bestias de carga abandonadas. Las mujeres de los nómadas balanceaban sobre sus talones túnicas de pelo de dromedario de color obscuro; negras, muy viejas, de senos caídos, recogían para hacer fuego el fiemo de los animales que secaban al sol; las siracusanas llevaban discos de oro en la cabellera, las lusitanas collares de conchas, las galas pieles de lobo sobre su blanco pecho, y robustos arrapiezos, sucios, asquerosos, desnudos, incircuncisos, daban cabezadas en el vientre de los compradores ó como tigrezuelos les mordían las manos.

Los cartagineses se paseaban por el campamento asombrados de la abundancia que allí reinaba; los más pobres se entristecían, los otros disimulaban su inquietud.

Los soldados les daban golpecitos en el hombro, invitándoles á divertirse, y en cuanto advertían algún personaje de nota, hacían porque tomara parte en sus juegos. Si jugaba al disco, se las arreglaban para herirle los pies; si se batían á puñadas, á la primera le rompían la mandíbula. Los honderos asustaban á los cartagineses con sus hondas, los psylos con sus víboras, los ginetes con sus caballos; y aquellos mercaderes, al recibir los ultrajes, bajaban la cabeza, esforzándose por sonreír.

Cuando algunos, para demostrar que eran valientes, afirmaban que querían ser soldados, se les obligaba á partir leña y á limpiar los mulos; se les encerraba en una armadura y se les hacía rodar como toneles por las calles del campamento; entonces pretendían partir, y los mercenarios se mesaban los cabellos, con grotescas contorsiones.

Los soldados imaginaban que todos los cartagineses eran ricos y les seguían por doquiera, pidiéndoles los objetos que excitaban su codicia; sortijas, sandalias, brazaletes, cinturones. Cuando ya les habían despojado y decía el cartaginés: «¿Qué queréis de mí?» unos contestaban: «Tu mujer;» y otros: «Tu vida.»

Las cuentas militares, aprobadas en definitiva, se entregaron á los capitanes y á los soldados: entonces reclamaron tiendas, y se les dieron; después los polemarcas de los griegos pidieron algunas de aquellas armaduras preciosas que se fabricaban en Cartago y el Gran Consejo votó un crédito para adquirirlas. También era justo, según decían los ginetes, que la República les indemnizara de la pérdida de los caballos; uno afirmaba haber perdido dos en el combate; otro tres en un asedio; aquél diez ó doce en marchas forzadas; se les ofreció corceles de Hecatompilos, pero prefirieron dinero.

Luego pidieron que se les pagara en plata todo el trigo que se les debía, al precio más

alto que alcanzó durante la guerra; de suerte que algunos cobraron por una medida de harina, más dinero que el expendido por un saco de trigo, y aunque tal exigencia indignó á los cartagineses, les fué preciso someterse.

Entonces los delegados de los mercenarios y los del Gran Consejo se reconciliaron, jurando por el Genio de Cartago y por los dioses de los bárbaros. Conforme á las costumbres orientales se hicieron mil cumplidos y cortesías, y cuando los soldados reclamaron como prenda de buena amistad el castigo de los traidores que los indispusieron con la República, se fingió no comprenderles; entonces se explicaron con más claridad diciendo que querían la cabeza de Hannon.

Muchas veces al día abandonaban el campamento, paseándose al pie de las murallas: gritaban que se les echara la cabeza del Sufeta y tendían los mantos para recibirla.

Tal vez hubiera cedido el Gran Consejo, á no ser por una última exigencia más injuriosa que las otras: pedían en matrimonio para sus jefes, vírgenes escogidas en el seno de las grandes familias. Era una idea de Spendio que los demás creyeron razonable.

Pero aquella pretensión de querer mezclar su sangre con la sangre púnica, indignó al pueblo, y se les contestó que nada más recibirían. Entonces declararon que se les había engañado, y que si dentro de tres días no se les pagaba su sueldo, irían á tomarlo á Cartago.

La mala fe de los mercenarios no era tan grande como parecía; Hamilcar les había hecho promesas exorbitantes, vagas, pero solemnes y reiteradas. Pudieron creer al desembarcar en Cartago, que se pondría la ciudad á su disposición y que se repartirían sus tesoros; y cuando vieron que apenas si podían cobrar su sueldo, la disolución fué grande para su orgullo y para su avaricia.

Dionisio, Pyrro, Agatocles, y los generales de Alejandro, ¿no dieron el ejemplo de maravillosas fortunas? El ideal de Hércules, que los cananeos confundían con el sol, resplandecía en el horizonte de los ejércitos. Se sabía que simples soldados llevaron diademas y el estruendo de los imperios que se derrumbaban, hacía soñar á los galos en sus selvas de encinas y á los etíopes en sus arenas. Había un pueblo siempre dispuesto á utilizar el valor de los hombres: el ladrón echado de su asilo, el parricida errante por los caminos, el sacrílego perseguido por los dioses, todos los hambrientos, todos los desesperados trataban de llegar al puerto donde Cartago reclutaba sus soldados. Casi siempre sabía mantener la República sus promesas; pero en aquella ocasión, la avaricia estuvo á punto de causar su pérdida. Los númidas, los libios, el Africa entera, iba á lanzarse contra Cartago; solamente el mar estaba libre, pero allí encontraba á los romanos, y como un hombre asaltado por asesinos, sentía que la muerte vibraba á su alrededor.

Fué preciso recurrir á Giscón, cuya mediación aceptaron los bárbaros. Una mañana vieron bajarse las cadenas del puerto y tres barcos de poco calado, pasando por el canal de la Tania, entraron en el lago.

En la proa del primero estaba Giscón; detrás de él, y más alta que un catafalco, veíase una caja enorme, adornada de anillos, grandes como coronas. Luego venía la Legión de los intérpretes, peinados como las esfinges y con un loro tatuado en el pecho. Amigos y esclavos, en gran número, todos sin armas, acompañaban al general y á los intérpretes. El ejército acogió con estruendosas aclamaciones aquellas tres barcas cargadas hasta los topes.

En cuanto Giscón desembarcó, los soldados corrieron á su encuentro. Hizo levantar una especie de tribuna con sacos, y declaró que no se iría antes de haber pagado á todos.

Largos aplausos estallaron, y durante un gran rato no pudo hablar. Cuando se restableció el silencio, empezó exponiendo los errores de la República y los de los bárbaros; la culpa, decía, era de algunos alocados, que con su violencia asustaron á Cartago; y la

mejor prueba de la buena intención que guiaba á los cartagineses, era su presencia allí, que desde antiguo era adversario del Sufeta Hannon; no debían suponer, pues, que fuera el pueblo tan imbécil para irritar á unos valientes soldados, ni tan ingrato que desconociera sus servicios. Luego comenzó á pagar al ejército, empezando por los libios.

Desfiló ante él por naciones, levantando los dedos para indicar el número de los años que se les adeudaba; los escribas tomaron las monedas del cofre abierto, y otros, con un estilete, hacían agujeros en una lámina de plomo. A los soldados se les marcaba en el brazo izquierdo con pintura verde para que no pudieran volver á presentarse. Pasó ante el General un hombre que marchaba pesadamente como los bueyes.

—Ven aquí —dijo el Sufeta sospechando un fraude:— ¿cuántos años has servido?

—Doce años —contestó el libio.—

Giscón le tocó con los dedos bajo la mandíbula, para ver si allí tenía las callosidades que la carrillera del casco producía á la larga.—¡Ladrón! —exclamó el Sufeta— los callos que te faltan en el rostro debes llevarlos en los hombros.

Y desgarrándole la túnica, descubrió su espalda cubierta de sangrienta roña; era un labrador de Hippozaryta; le silbaron y se le decapitó.

Cuando llegó la noche, Spendio despertó á los libios y les dijo:

—Cuando los lugurios, los griegos, los baleares y los italianos hayan recogido su paga, se marcharán; pero vosotros permaneceréis en Africa diseminados en cien pueblos distintos y sin defensa. Entonces se vengará la República! Desconfiad! ¿Vais á dar crédito á las palabras de Giscón? Los dos Sufetas están de acuerdo y éste os engaña; acordaos de la isla de los Esqueletos y de Xantippo que enviaron á Esparta en una galera podrida.

—¿Qué hacer? —preguntaban ellos.

—Reflexionad —decía Spendio.

Los dos días siguientes transcurrieron empleados en pagar á los soldados de Magdala, de Lepis, de Hecatompilos; Spendio habló á los galos:

—Se paga á los libios, después se pagará á los griegos, á los baleares, á los asiáticos y á los demás; pero á vosotros, como sois pocos, no se os dará nada; no veréis más vuestra patria! no os darán barcos! Os matarán para ahorrarse alimentos.

Los galos fueron á hablar al Sufeta y Autarito, aquel á quien Giscón hirió en el jardín de Hamílcar, le interpeló; los esclavos le rechazaron, pero juró vengarse.

Las quejas y las reclamaciones se multiplicaron; los más obstinados penetraban en la tienda del Sufeta, y para enternecerle le tomaban las manos, haciendo que les palpara sus bocas sin dientes, sus brazos adelgazados, las cicatrices de sus heridas. Los que aún no habían recibido la paga se irritaban, y los que habían ya cobrado su sueldo, pedían otro para sus caballos; los vagabundos, los desterrados, tomaban las armas de los soldados gritando que se les desatendía. A cada momento llegaban grupos de hombres; las tiendas crugían y rodaban; la multitud apretada entre las murallas del campamento, oscilaba desde la puerta al centro, lanzando fuertes clamores. Cuando el tumulto crecía demasiado, Giscón apoyaba un codo en su cetro de marfil, y mirando al mar, permanecía inmóvil con la mano hundida en la barba.

Frecuentemente Matho celebraba largas conferencias con Spendio; después poníase enfrente del Sufeta, y Giscón sentía siempre sus pupilas, llameantes é implacables, fijas en él; muchas veces, á través de la multitud, se lanzaron injurias sin oirse. Entretanto, continuaba la distribución y el Sufeta sabía vencer todos los obstáculos.

Los griegos reclamaron por la diferencia de monedas, pero Giscón les dió tan claras explicaciones, que se retiraron sin chistar. Los negros pretendieron ser pagados en aquellas conchas blancas usadas por el comercio en el interior del Africa, y ofreció pedir las á



Cartago; entonces, como los otros, aceptaron moneda. A los baleares se les había prometido algo mejor: mujeres; el Sufeta afirmó que se esperaba para ellos una caravana de vírgenes, mas como el camino era largo, tardarían seis lunas en llegar; cuando estuvieran bien mórbidas y con la piel aromatizada, se enviarían á las Baleares á bordo de galeras cartaginesas.

De repente Zarxas, vigoroso y fuerte ya, saltó sobre los hombros de sus amigos y grito: —¿No guardas alguna mujer para los cadáveres?

Y al decir esto, mostraba en la muralla de Cartago la puerta de Khamon.

A los últimos rayos del sol, fulguraban las planchas de cobre que la revestían, y los bárbaros creyeron ver lucir en ellas un rastro sangriento; sus clamores ahogaban las palabras de Giscón que quería hablar y que por fin bajó lentamente y se encerró en su tienda.

Cuando salió al apuntar el sol, sus intérpretes, que dormían al exterior, no se movieron; permanecían tendidos boca arriba con los ojos fijos, la lengua entre los dientes y el rostro azulado; blancas mucosidades fluían de sus narices y sus miembros estaban rígidos como si los hubiese helado el frío de la noche; todos tenían en el cuello un apretado lazo de juncos.

Desde ese instante la rebelión fué en aumento. El asesinato de los baleares, recordado por Zarxas, confirmaba la desconfianza de Spendio. Imaginaban los bárbaros que la República sólo pensaba en engañarles y era preciso acabar! ¡No había necesidad de intérpretes! Zarxas, con una honda arrollada á la cabeza, cantaba himnos de guerra. Autoridad blandía su larga espada; Spendio daba armas á unos y animaba á otros. Los más fuertes procuraban cobrar por sí mismos, mientras los menos furiosos pedían que continuara la distribución; pero nadie abandonaba las armas y todas las cóleras iban contra Giscón en una ola tumultuosa de odio.

Algunos subían en la tribuna, á su lado; si se contentaban con vociferar injurias, les escuchaba con paciencia; pero si le ofendían personalmente, eran lapidados desde luego ó se les cercenaba la cabeza, y el montón de sacos estaba más rojo que un altar.

Después de las comidas, cuando habían bebido vino, eran temibles; el vino estaba prohibido en el ejército púnico bajo pena de muerte, y los mercenarios levantaban ahora sus copas mirando hacia Cartago para ocuparse de sus disciplinas. A veces se entretenían en matar á los esclavos que contaban el dinero, y la palabra *mata*, distinta en cada lengua, todos la comprendían.

Giscón sabía que la República le abandonaba, y á pesar de tal ingratitude, no quiso deshonrarla; cuando le recordaron que se les había prometido barcos, juró por Moloch que los daría él á su costa, y arrancándose el collar de piedras azules, lo lanzó entre la multitud como prenda de juramento.

Los africanos reclamaron el trigo que les prometiera el Gran Consejo; Giscón mostró las cuentas de los Sysitas, trazadas con tintura violeta sobre pieles de oveja, y leyó, mes por mes, día por día, cuanto había entrado á Cartago; pero repentinamente se detuvo, con los ojos dilatados, como si hubiese leído entre las cifras su sentencia de muerte.

En efecto, los Antiguos habían reducido fraudulentamente aquellas cifras, y el trigo vendido durante la guerra figuraba á tan bajo precio, que era imposible no advertir el engaño.

—¡Habla! —gritaron— ¡más alto! ¡Ah! ¡trata de mentir, cobarde! ¡Desconfiemos!

El Sufeta vaciló unos momentos, después volvió á leer.

Los soldados, sin pensar que se les engañaba, aceptaron por buenas las cuentas de los Sysitas; sólo al ver la abundancia de Cartago, se apoderó de ellos un terrible furor, rompieron la casa del sicomoro, pero estaba casi vacía.

Habían visto salir de allí tales sumas, que la juzgaban inagotable. Entonces supusieron que Giscón debía tener el oro en su tienda; escalaron los sacos guiados por Matho, y cómo gritaran: «¡Dinero! ¡dinero! el Sufeta contestó al fin:

—¡Que os pague vuestro General!

Y los miraba de frente, sin hablar, con sus grandes ojos amarillos que relucían en su rostro más pálido que su barba. . . . Una flecha, detenida por las plumas, le atravesaba una oreja y un hilillo de sangre corría desde su tiara hasta el hombro.

A una señal de Matho todos adelantaron. Spendio le aprisionó las muñecas con un nudo corredizo, otro le derribó y desapareció entre los remolinos de la multitud que invadía la tienda y la tribuna.

Cuando saquearon ésta, sólo se halló lo indispensable para los usos cotidianos; luego, buscando mejor, aparecieron tres imágenes de Tanit y una piedra negra caída de la luna que estaba envuelta en una piel de mono.

A los cartagineses que acompañaron á Giscón, todos gente de viso y partidarios de la guerra, se les arrastró fuera de las tiendas y se les precipitó en el foso de las inmundicias, atados por el vientre á sólidas estacas; se les alargaba el alimento en las puntas de las jabalinas.

Autharito, al mismo tiempo que les vigilaba, los injuriaba, pero como no comprendían su lengua, no le respondían; de cuando en cuando, los galos les arrojaban piedras para oírles gritar.

Al día siguiente una especie de inquietud se apoderó del ejército; como tenían contra quien dirigir su cólera, reflexionaban acerca de lo que habían hecho. Matho sentía una gran tristeza; le parecía que indirectamente había ultrajado á Salammbó, puesto que los Ricos eran como una dependencia de su persona; por las noches se sentaba á la orilla del foso, y en sus gemidos oía algo de la voz que llenaba su corazón.

Todos acusaban á los libios, porque eran los únicos que habían cobrado, pero al mismo tiempo que crecían los odios entre nación y nación, comprendían lo peligroso que era entregarse á tales celos, pues con un atentado semejante, las represalias debían ser tremendas. Era preciso adelantarse á la cólera de Cartago y todo se volvía conciliábulo y arengas; todos hablaban y nadie escuchaba. Spendio, ordinariamente tan locuaz, meneaba la cabeza con desaliento, escuchando las diversas proposiciones.

Una noche preguntó á Matho si en el interior de la ciudad había fuentes.

—Ni una —contestó Matho.

Al día siguiente Spendio le llevó á orillas del lago.

—¡Amo! —le dijo el antiguo esclavo— si tu corazón es intrépido, te llevaré á Cartago.

—¿Cómo?

—¡Jura ejecutar todas mis órdenes, seguirme como una sombra!

Matho levantó el brazo hacia el planeta de Chabar, y exclamó:

—¡Lo juro por Tanit!

Entonces añadió Spendio:

—Mañana, al ponerse el sol, me esperarás al pie del acueducto, entre el noveno y décimo arco; trae un pico de hierro, un casco y sandalias de piel.

El acueducto de que hablaba, atravesaba oblicuamente el istmo entero con su obra gigantesca de cinco arcos superpuestos que llevaba hasta la parte occidental de la Acrópolis, y pasando bajo la ciudad, vertía casi un río en la cisterna de Megara.

A la hora convenida, Spendio encontró á Matho; ató una especie de arpón al extremo de una cuerda, la hizo girar rápidamente como una honda; los garfios de hierro hicieron presa, y los dos, uno después de otro, subieron á lo alto de la pared.

Cuando hubieron llegado al primer piso, les costó mucho trabajo enganchar de nuevo el arpón, pero al fin lo lograron. A veces la cuerda amenazaba romperse.

Al cabo llegaron á la plataforma superior; Spendio, de tiempo en tiempo, se inclinaba á palpar las piedras con la mano.

—¡Aquí es —dijo;— empecemos!

Y apoyándose en el pico que trajo Matho, consiguieron levantar una de las losas.

En aquel instante advirtieron un grupo de ginetes que galopaban sobre corceles en pelo, sus brazaletes de oro relucían entre los negros pliegues de sus capas; delante del grupo corría un hombre con un penacho de plumas de avestruz en la cabeza y una lanza en cada mano.

—¡Narr'Havas! —exclamó Matho.—

—¡Qué importa! —replicó Spendio,— y se hundió en el agujero que acababan de abrir al levantar la losa. Matho trató de recubrirlo, pero no le fué posible.

—Ya volveremos —dijo Spendio,— pasa adelante, y entonces se aventuraron por el conducto de las aguas.

Estas les llegaban hasta el vientre, y pronto perdieron pie teniendo que nadar. Sus miembros chocaban contra las paredes del canal demasiado estrecho; el agua corría casi tocando las paredes superiores contra las que se desgarraban la piel del cráneo; luego les arrastró la corriente; un aire más pesado que el de un sepulcro aplastó su pecho y con la cabeza bajo los brazos, juntas las rodillas, pasaron como flechas á través de las tinieblas, ahogándose, casi muertos; de repente fué completa la obscuridad y se aumentó la velocidad de las aguas. Cayeron.

Cuando volvieron á la superficie, permanecieron tendidos de espaldas por algunos instantes, aspirando deliciosamente el aire; varias líneas de arcos, sucesivas, se extendían desde una pared á otra de los grandes depósitos llenos, cuya agua formaba una sola superficie en toda la anchura de la cisterna. Las cúpulas del techo permitían el paso de una claridad pálida que arrojaba sobre las ondas discos de luz, y las tinieblas de aquel recinto, que se espesaban más hacia las paredes, lo hacían aparecer de una desmedida amplitud, despertando el menor ruido un eco sonoro.

Spendio y Matho, nadando, pasaron bajo las aberturas de los arcos, atravesando varias salas. Filas de estanques más pequeños se extendían paralelamente á cada lado. Se perdieron; avanzaban, retrocedían. Por fin, algo resistió bajo sus talones; era el piso de la galería que rodeaba la cisterna.

Entonces, avanzando con grandes precauciones, tantearon el muro para encontrar una salida; pero sus pies se deslizaban y caían en profundos charcos; salían de ellos y volvían á caer de nuevo; sentían una espantosa fatiga, como si sus miembros al nadar se hubieran disuelto en el agua; sus ojos se cerraron; agonizaban.

Spendio tocó, al cabo, los barrotes de una reja; tiraron de ella y se encontraron en una escalera cerrada por una puerta de bronce; con la punta de un puñal cortaron la barra y de repente el aire libre azotó sus rostros.

La noche era silenciosa y el cielo parecía estar á una altura desmesurada. Grupos de árboles elevaban sus copos á lo largo de las paredes. La ciudad entera dormía. Las hogueras de las avanzadas brillaban como estrellas perdidas.

Spendio, que había pasado tres años en el ergástulo, no conocía los diversos distritos de la ciudad. Matho pensó que para ir al palacio de Hámilcar debían tomar por la izquierda atravesando los Mappales.

—No —dijo Spendio,— llévame al templo de Tanit.

Matho quiso hablar.

“REVISTA MODERNA DE MEXICO”

MAGAZINE ILUSTRADO.

Subscripción en la ciudad, semestre adelantado	\$ 3 00
En los Estados y Extranjero „ „	4 00
Número suelto, en la ciudad	0 60

Propietarios: JESUS E. VALENZUELA y AMADO NERVO.

Director: JESUS E. VALENZUELA.

Consultor artístico: JESUS URUETA.

Secretario de Redacción: EMILIO VALENZUELA.

Dirección: Cordobanes núm. 2. Apartado 49 bis.

SUMARIO DEL NUMERO 1.

TEXTO:

Una carta de Nogales á Nervo.
La Duquesa Job. - Manuel Gutiérrez Nájera.
En el Ateneo.
Canto de amores y besos . . .—Alvaro Gamboa Ricalde.
Resurrección. Clemencia Isaura.
Don Pedro de Alvarado. —Efrén Rebolledo.
Las heroínas de la bella novela realista — Andrés González Blanco
De «Manojo de Rimas.» Jesús E. Valenzuela.
La parábola del Leproso.—Francisco Villaespesa.
La hermana. —Francisco Villaespesa
Un té.
El mochuelo. Antonio Carreón
Mi último artículo.—Manuel Gutiérrez Nájera.
Per la spedizione del Messico —Giosué Carducci.
Los predestinados.—Antonio de Hoyos y Vinent.
Monseñor Clearco Meonio.—Rafael López.
Alma Helena.—José Nogales.
Auroras espirituales —Andrés González Blanco.
Impresiones literarias.—Antonio Rey Molinié.
Necrología.
Franco Liberato.
Nocturno.—Roberto Argüelles Bringas.
Sobre la poesía de América.—José Santos Chocano.
La griseta de Musset.—Eduardo de Ory.
Erección de una estatua al Duque Job.
Libros Nuevos.—R. L.
Folletín de la «Revista Moderna.»

GRABADOS:

Don Pedro de Alvarado.
En el Estudio de Germán Gedovius.—Varios grabados de «El Tiempo Ilustrado» y Clarke.
Sr. Lic. D. Olegario Molina.

LAS PÍLDORAS NACIONALES

SON UN MARAVILLOSO

REMEDIO ANTIPALUDICO

Mucho más eficaz
que la quinina
Contra Calenturas,
Influenza, Debilidad
y Anemia.

No exigen dieta.



A la vez que es-
timulan el apetito y
producen sangre y
fuerzas, destruyen
todo germen de Ma-
laria ó Paludismo,
sin ser purgantes.

¡HACEN CORRER A LAS CALENTURAS!

DE VENTA:

En todas las Droguerías y Boticas

Cajas chicas \$ 0 50

Id. grandes . \$ 1 25

Descuentos Liberales

al Comercio.

Las enviamos

á cualquier parte

Por Correo

FRANCO DE PORTE

A toda persona que lo solicite
le enviaremos "gratis"

un folleto.



Compañía de las Píldoras Nacionales.

Primera de San Francisco Núm. 14.